

SENTENCIADO: ECLOSIÓN

J.GRAGERA

© Jesús Gragera

M-7676-14

ISBN: 978-84-606-7761-1

Ilustración de portada: Ricardo Martínez López

AUORE DUMONT

El sonido del nuevo mundo

Treinta y dos días después de la Eclosión. Toledo. Bloque de pisos.

Aurore dobló una camiseta negra con dedicación y la depositó sobre un montón de ropa cuidadosamente colocada. Haciendo chasquear los dedos al ritmo de la música que sonaba en su mp3, se dio la vuelta con gracia y recogió otra prenda de un barreño para continuar con la labor. La habitación, de escaso mobiliario y perfectamente ordenada, no parecía propia de una adolescente como ella, con el pelo castaño por encima de los hombros, las puntas teñidas de rosa y los ojos verdes maquillados de negro. Tampoco la cama de matrimonio, las cortinas color salmón y el crucifijo colgado en la pared encajaban del todo con su estilo.

Cuando Aurore terminó de doblar toda la ropa, siguiendo con los labios la letra de una canción sin pronunciar un solo sonido, salió de la habitación y caminó hasta la cocina. Media docena de cubos de colores llenos de agua estaban colocados en una hilera sobre el suelo. Todo tipo de alimentos enlatados, botes de conserva, barritas energéticas, frutos secos y paquetes de arroz y pasta se apilaban sin orden aparente sobre la mesa y la encimera de aspecto antiguo. Se agachó sobre uno de los cubos y, usando un cazo, se llevó un poco de agua a los labios. Repitió la operación tres veces más, de forma metódica, arrugando la nariz por el sabor a plástico del agua. Después seleccionó una lata de atún en aceite de girasol y otra de calamares en salsa americana del montón que había sobre la mesa. Se aseguró de que las fechas de caducidad estaban cercanas y depositó las latas en un pequeño hueco sobre la misma mesa. Sacó un tenedor de un cajón y lo puso al lado. Un reloj de números grandes colgado en la pared le indicó que se

acercaba la hora de cenar. La luz anaranjada que se filtraba por las rendijas de la persiana y los pinchazos de hambre que sentía en el estómago se lo confirmaban. Aún así, decidió que podía esperar un poco más para llenarse la barriga y, volviendo a bailotear al ritmo del último éxito de un grupo pop que no había escuchado nunca –odiaba toda la música actual que sonaba en la radio– se dirigió al salón para hacer inventario y marcar otro día en el calendario.

Entonces ocurrió.

A través de los auriculares se escuchó un pequeño pitido, señal inequívoca de que se acababan las baterías.

–No, no, no, por favor... –sollozó meneando el aparato que colgaba de su cuello en un desesperado intento de que no se apagase. Pero tres segundos después, el mp3, insensible a sus esfuerzos, emitió otro pitido y la música dejó de escucharse súbitamente. Sin llegar al salón, Aurore, en mitad del pasillo, se dejó caer contra una pared y se deslizó penosamente hasta el suelo, sin poder contener un quedo llanto. Con mano temblorosa se quitó los auriculares y los dejó caer inertes a un lado mientras dos lágrimas arrastraban el rímel por sus mejillas.

Podía escucharlos levemente, pero de forma implacable. Los gritos guturales, los gemidos, los golpes, el irritante siseo de los pies arrastrándose por el suelo. Era el sonido de los muertos que habían tomado la ciudad, devorado a sus seres queridos, destrozado su vida y aniquilado a la especie humana. Ahora tendría que oírlos siempre porque lo que acababa de escuchar era probablemente la última música que escucharía. Todo lo que quedaba era una amalgama de sonidos espesos y oscuros que se adherían a los oídos como un líquido viscoso. Las veinticuatro horas del día. Aurore sabía que no le quedaba un solo aparato con baterías en toda la casa. Ni en todo el edificio. Había registrado a conciencia todas las viviendas vacías en busca de alimentos y útiles como aquel. El sonido de los muertos en las calles era el sonido del nuevo mundo. El mundo muerto.

CÉSAR TORRES

No os sintáis culpables por seguir vivos

Treinta y cuatro días después de la Eclosión. Colegio a las afueras de Madrid.

—Esta mañana hemos perdido a otro compañero. Lo han cogido y hemos tenido que huir mientras aún escuchábamos sus gritos al otro lado de la puerta... Hace una semana, cuando nos encontramos, éramos dos completos desconocidos. Hoy he llorado su muerte como no he tenido tiempo de llorar la de mis padres, familiares y amigos. Creo... Creo que éste es uno de los motivos por los que sigo teniendo esperanzas. Otros también han llorado porque era una buena persona. Se llamaba Enrique... El apellido ya no tiene importancia... Seguimos siendo humanos. Seguimos vivos, no sólo nuestro cuerpo. Nos acostumbramos, es verdad. Vemos la muerte, la más atroz de las muertes, como una posibilidad real y cercana, el día a día. Ya no se muere en la cama de un hospital con ochenta años. Nos morimos continuamente. Y nuestras vidas son lo único que nos queda. Pero mientras sigamos sintiendo las pérdidas habrá esperanza. El futuro tiene que ser nuestro, no os sintáis culpables por seguir vivos, sólo continuad luchando. Si me estáis escuchando, por favor, no os rindáis. Si tenéis posibilidad de contactar conmigo, enciendo la radio cada dos horas mientras haya luz. Estamos en un colegio cerca de la Avenida del Dr. Fleming, podemos protegeros, somos un grupo de catorce personas. Si no existe peligro para vuestra vida, venid...

César apagó el aparato de radio portátil que había conseguido en un cuartel militar y se recostó sobre la silla del profesor, observando las sillitas vacías de los alumnos donde no hacía mucho tiempo los niños aprendían a leer, a escribir y a

comprender el mundo que les rodeaba. El antiguo mundo, claro.

A su lado estaba el cadáver mutilado de una profesora, le faltaba un brazo –del que solo quedaba parte del húmero despuntando como una lanza–, parte de una pantorrilla y ahora, además, tenía el cráneo fracturado y parte del cerebro escurriéndose por una grieta astillada. Pero eso había sido obra suya. Era el único muerto viviente que habían encontrado al asegurar el colegio, lo cual era de agradecer. Cuando llegaron allí, la profesora muerta estaba escribiendo fórmulas matemáticas sencillas –para niños de unos seis años– en la pizarra del aula. Llevaba tanto tiempo escribiendo que los números se confundían unos con otros y formaban un galimatías indescifrable. La tiza había terminado por desintegrarse y los últimos símbolos estaban escritos con la sangre de sus dedos. Era uno de esos muertos que se seguían comportando como humanos mientras no hubiese víctimas a las que devorar. Seguramente la pobre mujer había vuelto tambaleándose a su puesto de trabajo y había comenzado a enseñar matemáticas a una clase vacía. No era la primera vez que veía algo así. Algunos de los muertos regresaban a sus hogares, a sus empresas o a otros lugares afines y se comportaban de manera extraña, casi humana. César creía que aún conservaban algo de quienes fueron en vida, una especie de memoria residual que les empujaba a realizar rutinas que tenían caladas muy profundamente en su subconsciente. Y como acababan de descubrir, eran capaces incluso de escribir y formular. Otros muertos simplemente vagaban de un sitio a otro, pero todos tenían en común que se volvían locos ante la presencia humana. La profesora no fue una excepción y en cuanto entraron en el aula se abalanzó sobre ellos con el clásico ansia de los muertos, gimiendo, rugiendo y estirando los brazos hacia delante, avanzando de forma espasmódica e irregular. Por suerte, como le faltaba parte de la musculatura de una pierna, no se movía especialmente rápido y César descargó su martillo contra la cabeza de la criatura, acabando con ella para siempre antes de que pudiese lanzarse sobre él. Informó a sus compañeros del suceso y luego se puso a emitir.

La radio era su mejor arma para protegerse de los pensamientos funestos que el aula vacía y la pizarra llena de fórmulas le provocaban. De hecho, era su mejor arma para mantenerse cuerdo allá donde fuera. Aunque su alcance no llegaba a los cien kilómetros en las mejores condiciones posibles, tenía una dínamo con la que se podía cargar la batería manualmente y eso era esencial.

Desde que la encontró, la había intentado conectar cada dos horas. Primero, para buscar frecuencias en las que se estuviera emitiendo algo y después, para transmitir sus propios mensajes. Le ayudaban a desahogarse y esperaba que alguien se sintiese mejor encontrando otra voz humana en el dial. Estaba seguro de que quedaban cientos de personas aisladas en casas y refugios, solas, desesperadas. Él podía ayudarlas. Creía con todas sus fuerzas, pese a lo que había visto y pese a lo que había vivido, que existía un futuro para la gente. Ni siquiera el propio César estaba seguro de porqué tenía una esperanza tan grande cuando todo indicaba que la muerte se cerniría sobre ellos tarde o temprano, pero el caso era que la tenía. Y la gente le escuchaba, muchos de los que estaban con él creían en sus palabras. Quizás porque sólo necesitaban a alguien con la fuerza suficiente para pronunciarlas, una mínima esperanza a la que aferrarse. Antes de que empezara la Eclosión, a sus veintisiete años, César sólo era un fracasado: un niño pijo sin oficio ni beneficio cuyo único talento era llevarse chicas ambiciosas a la cama y que no consiguieran sacar ni un céntimo de la fortuna de su familia. Pero después de tanta muerte, de ver tantas atrocidades, de escuchar los gritos de su madre mientras los trabajadores de su finca se la comían viva, algo que ni sabía que existía en su interior había tomado el control de su mente. Ahora era una persona distinta.

Felipe entró en el aula en la que César había estado emitiendo. El hombretón se llevó el dedo a los labios para que guardara silencio y se sentó sobre la mesa de la profesora.

—Hemos decretado silencio —susurró—. Por si aún estabas con la radio... Hay unos cadáveres mirando a través de

la verja. Aún no se han vuelto locos pero parecen sospechar que algo pasa aquí dentro.

–Gracias por avisarme –César bajó el tono. Felipe se había quedado observando el aula con la mirada perdida.

–Es tétrico, ¿no? –dijo señalando unos dibujos infantiles colgados en la pared. Estaba anocheciendo y la penumbra iba descoloriendo las acuarelas hasta volverlas grises. Lo más probable era que esas pequeñas obras de arte permaneciesen allí colgadas hasta que el paso del tiempo las destruyese.

–Nos hemos refugiado en sitios menos dolorosos –comentó–. Pero es un buen lugar para protegerse.

–Yo tenía un niño... –murmuró Felipe. César lo animó a continuar con la mirada–. Por suerte pude verlo poco antes de que esto empezara, el fin de semana me había tocado quedarme con él. Me dijo que el próximo día que nos viésemos iba a jugar un partido importante. Le hacía mucha ilusión que fuese a verle, seguro que hubieran ganado...

–Lo siento, Felipe. Quizás...

–Quizás –interrumpió Felipe–. Llamé a mi ex mujer cuando comprendí lo que estaba pasando. Las líneas estaban colapsadas y no daba tono. No logré hablar con ella. Creo... Creo que es mejor que si no me lo hubiera cogido. Así al menos me queda la incertidumbre.

–Es mejor –contestó César. Le gustaba Felipe. Era mecánico antes de que todo ocurriera. Un hombre sencillo, fuerte, que veía las cosas siempre de manera optimista y apoyaba que César usara la radio para intentar localizar a otros supervivientes. “Cuanto más mejor”, le decía. Algunos en el grupo estaban en contra, creían que eso les ponía en peligro. Los que llegaran nuevos podían estar infectados o atraer a demasiados muertos. Pero aún no se iba a preocupar por eso: hasta la fecha nadie se había unido a ellos gracias a sus mensajes radiofónicos.

–Hemos encontrado arroz y pasta y otras cosas podridas en el comedor. Algunos creen que podríamos encender un fuego en el pequeño patio interior que encontró Mayte y cocer agua.

–No sabemos si los cadáveres se verán atraídos por el humo, aunque hay incendios por todos lados así que supongo que no –comentó César.

–Eso he dicho yo, pero nos vendría bien que opinaras tú –terminó Felipe, dándole a entender que harían lo que él dijese.

–¿Has convocado una Asamblea? –preguntó levantándose y cargando la mochila que portaba la radio.

–No. Creí que no era necesario –dijo Felipe, ligeramente turbado, como si le hubieran cogido en un fallo–. Como se trata de comida... Dijimos en la Primera Asamblea que si se trataba de comida no habría discusión posible. Como lo que dijimos de no poner resistencia si nos infectaban... ya sabes... lo de dejarnos matar.

–Lo sé, tranquilo –le cortó César. La Primera Asamblea fue la primera vez que el grupo se reunió “oficialmente”. En realidad, sólo fue una reunión en la que decidieron algunas normas que creyeron básicas para la supervivencia de todos. Votaron y acordaron que nunca habría discusión posible sobre aquellas directrices. Posteriormente se habían reunido más veces y añadido nuevas normas, cosas en las que no habían pensado la primera vez. Querían ser lo más justos posible sin ponerse en peligro por ello. Casi cada día desde que se “constituyeron” como grupo habían celebrado una Asamblea para decidir, proponer o discutir algo. César empezaba a creer que algunos necesitaban hacer aquello, que de alguna manera les ayudaba a seguir sintiendo que aún podían controlar algo en sus vidas. Eso era bueno.

–De todas maneras iba a proponerla yo. Quiero que discutamos la posibilidad de quedarnos un par de días aquí. Reponer fuerzas –le dijo al mecánico mientras abandonaban el aula. César creía que si se establecían unos días en un lugar seguro podía ser una buena oportunidad para que algún superviviente se uniese a ellos. Ya fuese gracias a sus mensajes o por simple suerte. El colegio era, por lógica, un sitio bastante bueno para refugiarse. Durante los primeros días tras la Eclósión, los lugares de enseñanza fueron lo primero que se abandonó porque nadie llevaba a sus hijos al colegio, así que normalmente estaban poco poblados de muertos y eran fáciles

de asaltar para los vivos. Además, tal y como había ocurrido, en los comedores podían encontrarse con alimentos no perecederos.

–Estupendo César, yo también quería discutir algo
–contestó Felipe acompañándole por el pasillo.

El resto de supervivientes estaban acomodándose en el gimnasio lo mejor que podían. Eran un grupo variopinto, gente con la que César nunca hubiese imaginado convivir antes de que empezase toda la locura. Llevaban muchos días tratando de alejarse de las zonas más pobladas y cada manzana que avanzaban les hacía retroceder dos. Por no decir que la última semana habían perdido a cinco compañeros y por poco no se habían quedado encerrados en lugares de los que después jamás hubiesen podido salir. Felipe les había sacado del último apuro con una maniobra valiente pero estúpida. Por suerte, todo había salido bien.

César saludó a Susana y Ricardo, una pareja joven que estaban sacando unas colchonetas de una sala. Raquel, una chica alta y delgada, con el pelo moreno recogido en un moño improvisado, se acercaba a paso vivo hacia ellos. Era una de las supervivientes con las que mejor congeniaba. Tenía la misma edad que él y, pese a su aparente fragilidad, emanaba fuerza de voluntad. Antes de todo era violinista y lo único que sabía César sobre los músicos es que se necesita mucho esfuerzo, sacrificio y disciplina para llegar a lograr la excelencia con un instrumento. Raquel le gustaba por eso y por lo diferente que era a las chicas con las que él estaba acostumbrado a tratar.

–¡Tenemos comida! –le dijo en voz bajita cuando les alcanzó.

–Felipe me lo ha contado, ya era hora de que tuviésemos suerte –contestó César, sonriendo.

–También hemos encontrado algunas cosas en un botiquín. Jarabe para la tos, antipiréticos y cosas así. No es gran cosa, pero bienvenido sea.

Benjamin, al que llamaban Ben, se acercó a su pequeño grupo también. Era un tipo alto, fuerte, de unos cuarenta y cinco años, de origen inglés, aunque llevaba toda su vida en

España. César desconocía cuál era su anterior profesión porque era un hombre reservado que no solía hablar demasiado.

–Hemos terminado de instalar un perímetro. Santiago y yo haremos la primera guardia. Mayte y Fran se encargan de la siguiente –informó el hombre a César con su casi inexistente acento extranjero.

–Genial. También hay que vigilar a los de la verja, por si se acumulan demasiados –le dijo.

–Ya está hecho. Se encarga Ruth –contestó el hombre.

–Buen trabajo, Ben –dijo César poniéndole una mano en el hombro.

Era importante que no hubiese demasiados muertos “curioseando” porque eso atraería a más. Si de pronto algunos empezaban a golpear la verja o a gemir excitados tendrían un problema en cuestión de minutos. Por suerte, el colegio contaba con dos salidas y, en el peor de los casos, podrían escapar saltando la verja hasta unas casas vecinas. Nunca había que establecerse en lugares que no tuvieran más de una salida. Eso lo habían aprendido por las malas.

César dejó a Felipe y a Ben y fue a ver cómo estaban el resto de supervivientes. Raquel le acompañó. Su primera parada fueron Susana y Ricardo, que seguían colocando colchonetas por el suelo. Era una de las pocas parejas que habían sobrevivido junta y César sabía que, pese a tenerse el uno al otro, compartían un gran dolor: habían perdido a su niña de dos años después de llevar mucho tiempo deseándola. Susana incluso se había sometido a tratamientos de fertilidad para conseguirlo y le preocupaba que estar en un colegio les resultase especialmente duro, porque todo allí olía a niños. Habló con ellos un poco y les animó a seguir con las tareas. Era importante que todos ocupasen su mente y tuviesen cosas que hacer. También les informó de la Asamblea que quería convocar y los citó en media hora en el gimnasio. Hizo lo mismo con Pablo, que se quejó de la escasez de comida –como hacía siempre– y quiso que discutieran en privado lo de hacer un fuego para comer, por miedo a que el grupo rechazase la propuesta. Después informó a Ovidio y Santiago, que estaban haciendo inventario de los víveres que tenían. Luego fue a ver a Mayte y

Elisa, que se mantenían apartadas del grupo. Cada una de ellas estaba en un aula, a oscuras, sumida en sus propios pensamientos. Eran gente cordial, pero rara vez se relacionaban con el resto, a excepción de las asambleas. Ambas parecían encontrarse bien, pero a César no le gustaba que estuvieran siempre separadas.

–Me preocupa que nos sigan teniendo miedo –le dijo a Raquel.

–No tienen miedo, César.

La animó a que continuase con una mirada inquisitiva.

–No están preparadas para asumir lo que han perdido. Yo misma me sorprendo de no estar llorando la mayor parte del tiempo.

–Todos sacamos fuerzas de donde podemos –dijo. Raquel asintió.

–Quizás empiecen a relacionarse con el resto más adelante, como pasó con Fran. Hay que olvidar para poder convivir... –dijo.

César no continuó la charla. No quería expresar en voz alta la otra opción: quizás muriesen antes de poder llegar a hacerlo.

La última persona que les quedaba por visitar era también la más extraña. Ninguno de ellos conocía siquiera su nombre así que la habían empezado a llamar la Profeta. Se lo habían puesto porque todo lo que salía de su boca eran incoherencias y frases carentes de sentido. La situación le había afectado hasta el punto de hacerle perder la cabeza. César sabía que no era la única a la que le había ocurrido, pero sí debía ser de las pocas que aún seguían vivas. Durante los primeros días del “Fin del Mundo”, cuando todavía funcionaban los medios de comunicación, llegaron noticias de padres y madres que habían asesinado a sus familias para evitar que fueran devoradas, se produjeron suicidios en masa e incluso hubo sectas apocalípticas que hacían toda clase de barbaridades. Mentes que no habían conseguido asimilar lo que estaba ocurriendo. Por suerte, la Profeta aún conservaba una chispa de cordura en algún lugar de su cabeza. No suponía un riesgo para la

seguridad del grupo y cerraba la boca siempre que la situación lo requería. Sus episodios de “clarividencia” se limitaban a los momentos de paz.

La Profeta estaba sentada en mitad de un pasillo junto a la entrada de los baños de niños. Era una chica delgada, de una edad difícil de determinar entre los veinticinco y los treinta y cinco, con el pelo muy corto y una belleza singular al margen de la evidente demacración que les afectaba a todos. Llevaba un vestido corto, de colores otoñales, y unas botas verdes hasta la rodilla. No habían conseguido que se cambiara de ropa pese a que habían tenido acceso a vestimentas más apropiadas para la llegada del frío. Su casi inaudible letanía creaba ecos por todas las salas vacías de alrededor. César y Raquel se acercaron con cautela, aunque ella no se movió ni un ápice y permaneció con la mirada fija en la pared de enfrente, como si ellos fueran fantasmas.

–Camina y camina. Camina en círculos. Es rojo, verde, morado y negro. Está en el centro. Setenta y siete mil cuatrocientos treinta y dos –estaba diciendo la Profeta.

–Hola... –empezó César.

–Unas hormigas se alimentan. Dan de comer a la reina. Se movía por el suelo sin hacer daño a nadie pero ya no. Setenta y siete mil cuatrocientos treinta y tres –prosiguió la Profeta como si no hubiese oído a César. Que hiciese aquello era lo normal.

–Escucha. Vamos a celebrar una Asamblea. Por si quieres asistir esta vez...

–Nos gustaría que asistieras –añadió Raquel. La Profeta permaneció impassible ante sus intentos de socializarla.

–Una mujer ciega gritó y dos truenos sonaron. Es importante, es importante, es importante. Setenta y siete mil cuatrocientos treinta y cuatro...

–Tenemos algo de comida –dijo César. La Profeta guardó silencio un instante. La comida y el agua eran de las pocas cosas que llegaban de alguna forma a su mente. César ni siquiera la había visto dormir.

–Un árbol cae y le aplasta el cráneo. Le duele. Ahora es uno más. Setenta y siete mil cuatrocientos treinta y cinco. Está

frío y desconectado, no como en la bolsa de agua caliente. Setenta y siete mil cuatrocientos treinta y seis. Entre los restos calcinados verá el moribundo aparecer a su verdugo. Setenta y siete mil...

César y Raquel se alejaron mientras escuchaban los murmullos incoherentes. Dentro de un rato, la Profeta se levantaría y, sin decir una sola palabra, se uniría al grupo para comer. Tomaría un par de bocados, bebería algo de agua y se marcharía de nuevo, sola, a continuar con sus frases crípticas encerrada en el confuso mundo que debía ser su cerebro.

–¿Crees que algo de lo que dice tiene sentido? –preguntó Raquel.

–Creo que para ella lo tiene...

–Recuerdo cuando al principio pensábamos que era importante, ¿te acuerdas? Algunos intentamos buscarle sentido a lo que decía. Ahora parece una locura, pero por aquel entonces...

–Entonces sólo iba por el número ciento y pico –rió César. Raquel también se rió.

–Una vez dijo no sé qué de un violín y me tiré más de dos horas escuchándola y tratando de relacionarlo de alguna forma conmigo –confesó Raquel sonriendo de nuevo al recordar.

–¡Creo que todos lo hemos hecho alguna vez! –añadió César. Le gustaba escuchar la risa de Raquel. En realidad le gustaba escuchar cualquier risa. Era algo muy poco habitual después de que los muertos tomaran las calles.

–Echo tanto de menos tocar... Echo de menos la música más que las comodidades, incluso más que los espárragos...

César la miró extrañado.

–Sí, soy rara. Era mi comida favorita –sonrió Raquel con una tristeza que se reflejaba en sus ojos y que iba mucho más allá de cualquier alimento-. Ojalá la Profeta nos dijese cómo recuperar la música.

–Ojalá nos dijese cómo llegar a un lugar seguro donde podamos oírte tocar y podamos comer espárragos –dijo César guiñándole un ojo.

Media hora después, todo el grupo estaba reunido en el gimnasio, a excepción de la Profeta. Algunos charlaban en voz baja con los que tenían más cerca, pero la mayoría guardaba silencio. Formaron un círculo y César tomó la palabra.

–He convocado una Asamblea para discutir la idea de establecernos aquí un par de días –comenzó. Algunos murmullos no tardaron en aparecer–. Sé que la idea era tratar de salir de la ciudad lo más rápido posible, pero si descansamos un poco creo que sería beneficioso...

–Ya vamos a hacer noche aquí –dijo Fran.

–Sabemos que tarde o temprano los muertos te huelen –añadió Elisa, una mujer de sesenta y seis años y la persona más anciana que César había visto con vida en el último mes.

–Bueno eso no lo sabemos –retomó César–. Es cierto que hasta ahora no nos ha ido bien quedándonos quietos, pero no sabemos hasta qué punto se debe a errores nuestros...

–No cometimos ningún error en la tienda de deportes –volvió a interrumpirle Fran, que tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

–Uno de ellos nos vio entrar allí y no te lo cargaste. Eso fue un error –dijo Ben con frialdad. A César no le gustaba el cariz que estaba tomando la reunión. No quería que la discusión se fuese hacia los reproches personales. Levantó las manos para retomar la palabra.

–Escuchad. Eso ya es pasado. Este lugar es más seguro que la tienda de deportes. Nos rodea una verja y hemos atrancado las puertas. Hay varias rutas de escape y ahora estamos más organizados –dijo. Hubo algunos murmullos de aprobación.

–No es que me disguste la idea de descansar un par de días. De hecho creo que votaría a favor, pero media humanidad ha muerto creyendo que estaba “más segura” –aportó Santiago, un hombre de cincuenta años, aún con algo de sobrepeso incluso después de haber perdido diez kilos. También tenía problemas de asma y su voz sonaba algo desgarrada–. Sólo digo que no debemos bajar la guardia –terminó entre algunos murmullos de aprobación.

–Y no lo haremos. Reponer fuerzas nos ayudará a avanzar más rápido después. Hemos encontrado comida en el comedor, aún quedaba algo de agua en las cañerías e incluso había dos repuestos de agua mineral de doce litros en la sala de profesores.

–Toda esa agua y comida podemos cargarla sin problemas –opinó Mayte. César tuvo que darle la razón. Lo cierto es que no esperaba tener tanta oposición, creía que la perspectiva de un descanso sería mejor recibida por el grupo. Sin embargo, la posibilidad de salir de entre los muertos cuanto antes pesaba más de lo que había calculado.

–Sé que algunos preferiríais seguir avanzando, por eso he convocado la Asamblea, para discutirlo –admitió, derrotado. Salvo que hubiese alguna sorpresa, César sabía quién estaría en contra y quién a favor. Perdería la votación y no le sería fácil volver a encontrar un lugar en el que esperar a posibles supervivientes.

–Se votará como se hace siempre –dijo Elisa.

–Escuchad –dijo de pronto Felipe avanzando un paso–. Sé que no discutimos nada hasta que se ha cerrado el anterior punto pero yo también quería proponer algo y... de alguna forma está relacionado con esto: quiero intentar encontrar a mi hijo.

Antes de que pudiese añadir nada más, la sala se llenó de comentarios por lo bajini. César se llevó rápidamente el dedo a los labios para recordarles que debían ser silenciosos pese a estar totalmente aislados en el gimnasio. No sabían con certeza si los muertos tenían un oído especialmente desarrollado. Le devolvió con un gesto la palabra a Felipe y el resto callaron.

–Sé que una de las normas básicas es que no se pondrá en peligro la seguridad del grupo por un ser querido...

–No sé porque lo propones entonces, Felipe –interrumpió Ricardo–. Salir de aquí y volver es un riesgo que no volveremos a correr. Mira lo que pasó con Gloria.

–Sé cómo hacerlo sin riesgo –interrumpió de nuevo Felipe–. El patio interior del colegio está pegado al jardín de la casa de al lado. Los muertos no podrán vernos saltar y aunque lo hagan, será fuera de aquí...

–¿Nos? –preguntó Susana levantando la vista.

–Sólo necesito que un par de personas me ayuden. Mi ex mujer vivía sólo un par de calles de aquí. A ella le correspondía la custodia y puede que mi hijo esté aquí, vivo, a unos cientos de metros de mí. No podré vivir sin comprobarlo –murmuró el hombre con ojos suplicantes.

–En ese caso puedes marcharte cuando quieras. No pusimos ninguna norma sobre abandonar el grupo. Por eso dividimos los suministros –dijo Elisa.

–Me... me gustaría que me dieseis al menos veinticuatro horas para poder tener la oportunidad de regresar con vosotros –finalizó Felipe–. Es todo lo que pido.

Los murmullos llenaron el gimnasio de nuevo. César observó que tampoco Felipe iba a obtener una respuesta positiva en la votación y le preocupaba que decidiese ir por su cuenta pese a todo, porque entonces no le volverían a ver.

–Yo iré con él –dijo en un tono un poco más alto del que estaban utilizando. Todos guardaron silencio y se volvieron para mirarle.

–Gracias –respondió Felipe, sonriéndole con sinceridad.

–Nos vendría bien tu ayuda, Ben –pidió César mirando al inglés. El hombre sopesó su respuesta unos segundos.

–Me gustan los niños.

–Yo también voy –murmuró Ovidio después–. Pero espero que hagáis lo mismo por mí si se da el caso.

César y Felipe ganaron la votación que se realizó poco después. Siete votos a favor, seis en contra y una abstención: la de la Profeta. Al final, las cosas habían salido como esperaba. También habían votado a favor de hacer un pequeño fuego en el patio interior, lo suficiente como para hervir algo de agua y poder cocer la pasta y el arroz. Pero lo harían por la mañana, cuando la luz de las llamas fuese menos visible. Había columnas de humo por toda la ciudad, así que esperaban que su hoguera no llamase la atención. Felipe, Ben, Ovidio y él mismo partirían después del desayuno.

Estaba conectando la radio de nuevo en el aula de la profesora muerta para comprobar si había alguna señal en el dial cuando entró Raquel.

–¿No había otro sitio donde ponerte con eso? –le dijo mirando con repugnancia el cuerpo mutilado de la mujer.

–Supongo que es la costumbre –contestó César, sonriendo.

–Mañana te vas a ir... –susurró Raquel mirando al suelo.

–La causa lo merece.

–¿Es su causa o es la tuya? Te estás dejando llevar demasiado por la esperanza de encontrar a otros supervivientes.

–El hijo de Felipe podría estar vivo y su ex mujer también...

–No me refiero al hijo de Felipe, sino a la radio –le cortó Raquel.

–Bueno, hay gente ahí fuera. Tiene que haberla. No es una locura esperar un par de días para reforzar el grupo.

–He votado a favor de eso, César. De esperar. Pero no es lo que intento decirte.

–¿Entonces qué? –preguntó César algo molesto. Estaba claro que lo que fuese no le iba a gustar. La chica le cogió la mano, con mimo.

–Te digo esto porque te aprecio, César. Porque aprecio la esperanza que transmites al grupo y a todos los que te estén escuchando. Pero somos nosotros los que estamos aquí. Si te perdemos...

–Eso no va a ocurrir... –intentó decir, pero Raquel le interrumpió.

–Si te perdemos porque estás demasiado centrado en salvar a gente que quizás no está ahí, perderás todo lo que ya has construido.

–No podré construir nada si no creo en lo que hago –respondió César soltando la mano de la chica suavemente.

–Entonces quizás deberías replantearte en qué crees exactamente –dijo Raquel, triste, saliendo del aula y lanzando una significativa mirada a la radio.

Treinta y cinco días después de la Eclosión. Casa a las afueras de Madrid.

Saltar a la casa que lindaba con el colegio fue fácil, pero ahora abordaban de nuevo un territorio desconocido, el territorio de los muertos. Aunque lo cierto es que el mundo entero –o, como mínimo, el mundo del que tenían noticias– era propiedad de los cadáveres andantes y ellos, los vivos, se limitaban sólo a hacer pequeñas conquistas temporales. Al menos hasta que los planes de César se hiciesen realidad y pudiese establecer un reducto de civilización humana en algún lugar.

La noche fue tranquila y después del desayuno, que consistió en un tazón de arroz insípido, empaquetaron sus cosas, eligieron los víveres, rellenaron sus botellas de agua y cogieron sus armas personales. César llevaba un martillo de carpintero metálico de una sola pieza, Ben una barra de acero y un revólver que le había cogido a un policía caído, Felipe un pico de obra y un cuchillo de cocina y Ovidio un stick de hockey que había conseguido en la tienda de deportes en la que se habían refugiado hacía unos días. No era gran cosa, pero la falta de temeridad y estrategia de los muertos las hacían más eficaces de lo que parecían.

El patio de la casa que acababan de allanar estaba descuidado y sucio, plagado de hojas caídas de otoño. Se detuvieron unos segundos por si escuchaban algún gemido excitado, señal inequívoca de que algún muerto los había detectado. Pero no oyeron nada a excepción de los pies de algunos cadáveres arrastrándose en el exterior. Felipe se adelantó, fue hacia la puerta principal, comprobó que estaba cerrada e hizo lo mismo con la puerta de la cochera antes de regresar con ellos.

–Puede que haya algo útil dentro –comentó–. No nos llevará mucho tiempo.

Las ventanas del primer piso estaban enrejadas y no había una forma segura de subir a las del segundo. La única

opción que tenían para entrar era rezar porque las puertas estuviesen abiertas, ya que derribarlas sería demasiado ruidoso. Por desgracia, quien fuese que había vivido en aquella casa la había cerrado a cal y canto antes de irse; tanto la entrada principal como la trasera estaban bloqueadas. Lo único positivo que encontraron fue una hachuela de cortar leña junto a una barbacoa en el jardín. Ovidio se la guardó en el cinturón.

–¿Cuál es el siguiente paso de tu plan? –preguntó Ben a Felipe.

–Tenemos que salir a la calle. A la vuelta de la esquina hay un parque que podemos cruzar para atajar –contestó Felipe.

–¿Qué más? –insistió Ben.

–Ahora estamos a tiempo de volver, si tienes dudas... –se sumó Ovidio.

–No las tengo. Estamos muy cerca. Vivía en una urbanización aquí al lado. Puede que haya bastantes de ellos, pero podemos llegar hasta el garaje sin que nos vean y acceder a las escaleras desde ahí. Sólo nos encontraremos a los que sigan en los pasillos del edificio –explicó.

–¿Y si el piso está cerrado? –preguntó Ben.

–Yo... No... Cuando veamos si... –empezó a decir Felipe, pero César le interrumpió.

–Entonces llamaremos y nos abrirán.

La puerta principal del chalet estaba oxidada y chirrió al empujarla. Los muertos se volvieron súbitamente hacia la fuente del sonido. Se trataba de una mujer joven, un hombre de mediana edad con un mono de pintor y un anciano obeso. Todos ellos estaban ensangrentados y destrozados por los mordiscos que otros como ellos les habían dado en el momento de sus muertes. Cuando los tres cadáveres les vieron, sus rostros se contrajeron en una mueca furiosa y el ansia les poseyó. En apenas unos segundos, la mujer muerta ya estaba en la puerta de la vivienda, pero eso era algo que César y los demás tenían previsto. No querían enfrentarse a ellos en plena calle, así que esperaron en completo silencio hasta que el primero de ellos cruzó el umbral. Ben recibió a la mujer con un certero golpe de

su barra de acero. El cráneo se hundió con un crujido acuoso y la muerta se desplomó en el suelo. El anciano obeso recibió el mismo tratamiento a manos de César, que le golpeó en la nuca según entró y le hizo trastabillar por el impacto y caer de bruces. Aún se movía, así que tuvo que rematarlo en el suelo hasta que el hueso se quebró y una masa viscosa empapó el arma. Ovidio y Felipe se encargaron del hombre que vestía el mono de trabajo.

–Creo que una vez este tío me pintó la casa –suspiró Felipe.

–Pues ya le has devuelto el favor –comentó Ben apartando los cuerpos de la entrada para poder cerrar la puerta.

Salieron a la calle en completo silencio, mirando a todos lados con precaución. Había un coche estrellado contra el escaparate de una óptica y un reguero sanguinolento desde el asiento del piloto hasta el interior de la tienda. A varios cientos de metros a la derecha había dos figuras dando tumbos que no parecían haberse enterado de nada. Más cerca, una mujer a la que le faltaban las piernas, se afanaba por arrastrarse hasta ellos.

–No merece la pena rematarla. Corramos –dijo César.

Felipe tomó la delantera, guiándoles hasta una esquina en la que había una tienda de frutos secos. Podían ver a través del cristal y de la verja de seguridad del comercio: no había ningún peligro inmediato al doblar la calle. El parque que tenían que atravesar para llegar hasta el garaje de la urbanización sólo estaba a unos cientos de metros cruzando por mitad de la calle.

Ovidio asomó la cabeza.

–Hay uno mirando un escaparate y otro avanzando hacia aquí. Está bastante cerca –susurró–. Puede que haya otro en un coche, pero no estoy seguro...

–Liquidémoslos –sugirió Ben.

César asintió con la cabeza y los cuatro empezaron a caminar en dirección al primer cadáver. Antes de que pudiese reaccionar, Ben le había machacado el cráneo. Otro muerto al que Ovidio no había visto surgió tras un coche gritando con excitación y estirando las manos hacia ellos. El ruido hizo que el tipo que miraba el escaparate se volviese hacia ellos también.

–Dos a cada uno –ordenó César sin levantar la voz, enarbolando el martillo.

Felipe se adelantó hacia el que estaba más cerca, bordeando un coche aparcado. Ovidio le siguió. De pronto, un estallido de cristales rotos destruyó por completo el silencio de la calle. Los cuatro retrocedieron sin saber qué estaba ocurriendo, girando sobre sí mismos en busca de una amenaza hasta que una lluvia de esquirlas y trozos de vidrio les cayó encima. César levantó la vista y vio a tres muertos precipitándose al vacío desde un balcón de un segundo piso y aterrizando unos encima de otros sobre el coche que Felipe y Ovidio trataban de bordear. El peso de los cuerpos muertos abolló el capó y las lunas, y las ventanillas estallaron por el impacto. Los huesos de los muertos crujieron mientras el eco del estruendo recorría las calles de tres manzanas a la redonda.

–¡Corred! –gritó César. Cientos de muertos debían estar ya avanzando hacia su posición como leones en plena cacería. El tiempo del sigilo había terminado y si no se daban prisa en salir de ahí, se verían rodeados antes de que pudiesen acabar con los que ya tenían delante.

Ben descargó la barra de acero contra la cabeza del primero de los muertos que se interpuso en su camino con tanta fuerza que el cuerpo cayó a un lado. Los cuatro hombres enfilaron la calle hacia el parque mientras los cadáveres trataban de apresarlos estirando sus manos ensangrentadas y echando a correr tras ellos cuando fallaban. Felipe embistió a una mujer anciana con el hombro y la arrojó a un lado como si fuese un muñeco quebradizo. Una marabunta de muertos se estaba empezando a formar tras ellos, corriendo torpemente desde todos los lugares imaginables. Un tipo enorme con el abdomen convertido en un gigantesco agujero y un niño al que le faltaban los brazos les bloqueaban la entrada al parque. Ben sacó el revólver de su cinturón y, con una puntería envidiable, disparó a la frente del tipo gordo, cuyo cráneo se desintegró en una nube de huesos astillados y materia gris desparramada. Ovidio, por su parte, agarró el stick de hockey con ambas manos y lanzó un golpe con todas sus fuerzas contra el niño,

apartándole de la entrada y haciendo que volase un par de metros.

César observó que la enorme puerta de hierro forjado del parque estaba sujeta con un pasador y en cuanto entraron los cuatro, se apresuró a cerrar el portón y a anclarlo bien, descargando un golpe con su martillo para enterrar el pasador con más fuerza. Terminó la maniobra justo cuando dos muertos impactaban contra el hierro que les separaba. Los cadáveres trataron de meter la cabeza entre las rejas, lanzando dentelladas como perros rabiosos. Pronto, los dos muertos se convirtieron en una docena y no tardarían mucho en ser más y derribar la endeble verja o en encontrar otro camino hacia ellos.

—¿Por dónde vamos? —jadeó Ovidio a Felipe, sin respiración. Algunos cuerpos, uno de los cuales llevaba un uniforme de jardinería del ayuntamiento, empezaron a correr hacia ellos desde el interior del parque. Felipe blasfemó por toda respuesta y echó a correr, saltando un pequeño seto. César, Ovidio y Ben le siguieron.

—¡Es ahí! —gritó Felipe, señalando la entrada de un garaje que, por fortuna, estaba abierta al otro lado de la verja. El camino más rápido para acceder al lugar era evidente: tendrían que saltar la valla del parque rematada en púas ornamentales pero igualmente peligrosas. Al otro lado ya había dos muertos avanzando hacia ellos.

—Acabad con los de dentro, yo remataré a los de fuera —ordenó César. Ben, Ovidio y Felipe se lanzaron hacia el jardinero y los otros muertos que les estaban dando alcance. Mientras, César dejó que los muertos de fuera se pegaran a la valla, estirando los brazos para intentar cogerle. Luego se acercó con cautela y descargó el martillo contra sus cabezas hasta destrozarles el cerebro. Esa era su gran ventaja táctica. Los muertos no sentían miedo, no tenían instinto de supervivencia. La furia y el hambre incontrolable que les poseía les hacía a la vez tremendamente peligrosos y vulnerables. Menos de un minuto después, los cuatro consiguieron saltar la verja ayudándose unos a otros. Sin perder un segundo entraron en el garaje y bloquearon la puerta. La oscuridad, rota sólo por las rendijas del portón, invadió el lugar. César y los demás dejaron

que sus pupilas se adaptasen mientras agudizaban el oído. No parecía haber nadie en el interior.

–Espero que todo esto merezca la pena –dijo Ovidio abandonándose, agotado, contra una pared.

–Aún no hemos acabado –comentó César recuperando el aliento.

De pronto, algo impactó contra la entrada del garaje. Un muerto les había visto y no tardó en comenzar a golpear la puerta con los puños. No pasaría mucho tiempo antes de que una multitud volviese a acosarles, apelotonándose tras la puerta hasta hacerla ceder. Cada golpe del muerto sonaba como un “gong” en las galerías subterráneas del garaje.

–Vamos –dijo Felipe–. Hay unas escaleras que nos llevarán al segundo piso.

César percibió tristeza en su voz, como si de pronto hubiese dejado de creer en su objetivo. Quizás los peligros que acaban de esquivar le habían devuelto a la realidad de un mundo en el que era prácticamente imposible que un niño sobreviviese. Quizás acababa de darse cuenta de lo poco probable que era que su hijo estuviese allí o quizás se arrepentía de haber embaucado a tres personas en esa búsqueda imposible.

–Ya estamos cerca –le animó César mientras avanzaban. Quería añadir algo más, decirle que su hijo estaría vivo y que no se preocupase, pero había aprendido en el mes y poco que llevaba viviendo tras la Eclosión lo poco recomendable que era soltar frases vacías como aquella. Las esperanzas vanas eran para el viejo mundo. Ahora sólo podían depositar su fe en ellos mismos, en lo que estaba en su mano conseguir. Y no era poco.

Subieron las escaleras haciendo el menor ruido posible, en la más completa oscuridad. César tenía una linterna de pilas pero, además de que no quería gastar las baterías, a veces era más seguro permanecer oculto por las sombras y esperar a que los muertos revelasen su presencia gruñendo y gritando a tientas, sin ser capaces de focalizar el sonido de los vivos. Cuando llegaron al segundo piso pulsaron el cierre antiincendios de la puerta y cruzaron al rellano del otro lado. No había nada acechándoles allí. Era un pasillo largo, de suelos de piedra pulida y ventanas altas frente a las puertas de las

viviendas. La luz de la mañana bañaba el lugar: no había sangre, ni suciedad acumulada en las esquinas. Ni zapatos, bolsos u otros objetos personales abandonados. Tan solo un felpudo descolocado arruinaba una escena perfecta de lo que había sido el mundo humano. Si algún muerto había pasado por allí, no había dejado su sangrienta impronta.

César le puso una mano en el hombro a Felipe y le animó con la mirada a continuar. Era el momento de que el padre descubriese la verdad o, al menos, abandonase definitivamente la idea de reunirse con su hijo perdido.

Felipe avanzó hasta detenerse frente a la puerta C. La empujó con la mano pero ésta no cedió. Miró hacia sus compañeros con la desesperación pintada en el rostro. Colocó los nudillos frente a la puerta dispuesto a llamar cuando Ben se adelantó y negó con la cabeza.

–Puedo abrirla si no está cerrada desde dentro –susurró.

–Si no nos abren, no nos interesa lo que hay dentro –le espetó César, que no quería que Felipe se enfrentara a la visión de su hijo muerto y mucho menos que tuviese que ejecutarlo.

–Puede haber cosas dentro –le contradijo Ben–. Ya que estamos aquí.

–Que lo haga –intervino Felipe con una funesta determinación pintada en el rostro. A César no le parecía buena idea pero se calló.

Ben pegó el oído a la puerta, el ojo a la mirilla y se aseguró de que nada en el interior le atacaría al terminar. Abrió su mochila y sacó un DNI. César observó la tarjeta mientras Ben trataba de forzar el resbalón con envidiable destreza. El carnet estaba a nombre de Ramiro Díaz Campos. El inglés le miró de reojo mientras se afanaba por introducir la tarjeta en el poco espacio que dejaba el quicio de la puerta.

–Trabajé de cerrajero cuando era joven –murmuró justo cuando un pequeño chasquido revelaba la apertura del cierre. Sonrió y empujó con suavidad, abriendo tan solo una rendija.

Felipe sonrió pero César se adelantó enarbolando el martillo y entró el primero. Si tenían que enfrentarse a la ex mujer y al niño no quería que fuese su padre quien tuviese que tomar la decisión de actuar. Olía a cerrado pero no se percibía el

aroma de la putrefacción. Aunque los muertos, por algún motivo, no se descomponían de la forma habitual, aquellos que no volvían a levantarse porque estaban demasiado destrozados y los trozos que perdían en los ataques sí que lo hacían. Pero allí no olía a nada.

El rellano de la casa se extendía en un pasillo de varios metros decorado de forma impersonal, con cuadros de colores pastel más parecidos a los que solían verse en las consultas de los dentistas que en los hogares normales. César arrugó la nariz, extrañado. No era lo que esperaba encontrarse. Había varias puertas en el pasillo pintadas de distintos colores y todas con una cerradura de llave. Algo iba mal.

Se giró y miró a Felipe, preguntándose si se habían equivocado de casa, pero el hombre parecía emocionado, no confuso.

César avanzó por el pasillo hasta una puerta que estaba abierta. Asomó la cabeza y no vio rastro de ningún muerto. Era una habitación espartana, con una cama de matrimonio con las sábanas revueltas, una mesita de noche, un perchero y un baño pequeño cuya puerta también estaba abierta. La única ventana tenía la persiana parcialmente bajada y sólo filtraba algo de luz. César examinó el interior del baño gracias a un espejo de cuerpo entero en la pared de enfrente y comprobó que estaba vacío.

La sensación de extrañeza se acrecentó. Había estado en lugares como aquel y no eran lugares en los que viviría ningún niño. Hizo una seña para que los demás esperaran en el umbral y se acercó a la mesita para comprobar sus sospechas. Abrió el cajón: una tira de preservativos de marca barata, un gel lubricante y una caja de pañuelos de papel.

Felipe les había llevado a una casa de citas. Dudó un instante sobre cómo proceder. Iba a cerrar el cajón y a obligarles a salir de allí cuando se encontró a Ben junto a él, silencioso como una sombra, observando el contenido del cajón y con la comprensión y la ira recorriendo su cara. El hombre cerró los puños y le dio la espalda a César, encarándose con Felipe que seguía en el umbral.

–¿Qué ocurre? –preguntó Ovidio percatándose de que algo pasaba. César iba a adelantarse pero Ben le frenó cruzando el brazo ante él.

–¿Acaso una puta tiene la custodia de tu hijo? –escupió dando un paso hacia Felipe.

–No... No es lo que crees –empezó Felipe. César se llevó una mano al rostro, incapaz de asumir el engaño, esperando que Felipe tuviese una explicación para todo aquello. Pero no la tenía. Estaba claro que no la tenía.

Ben se acercó al baño sin dejar de apretar la mandíbula, lo examinó un instante y regresó apretando los dientes todavía más.

–No entréis ahí, podrías coger cualquier cosa –escupió.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Ovidio, cada vez más extrañado. Felipe parecía hacerse cada vez más pequeño, buscando una forma de explicar aquello, pero las palabras no parecían capaces de formarse en su garganta.

–Digo que si un perro de antidroga entra en ese baño lo tienen que sacrificar acto seguido –gruñó-. Esto va mejorando, chico. No sólo nos has traído a buscar a una puta, sino también a una puta drogata.

–¿Qué coño..? –se extrañó Ovidio incapaz de creerlo-. ¿Qué dices?

Y, de pronto, Felipe estalló.

–¿Y qué? ¡¿Y QUÉ?! ¿Cómo crees que se aguanta este trabajo? ¿Crees que lo eligió? –gritó el hombre.

–Me cago en la hostia. ¿Y tu hijo? –interrumpió Ovidio. Ben se puso delante del hombre, encarándose con Felipe.

–Creo que no eres consciente de lo que nos has hecho –gruñó el inglés. César estaba de acuerdo en ese punto, pero era incapaz de decidir qué tenían que hacer ahora.

–¡Y por una yonki! –terminó Ben arrastrando la palabra con desprecio.

–¡¿Y qué pasa, Ben?! –gritó Felipe-. ¿No merece ser rescatada una yonki?

Ben no respondió, conteniendo su rabia como podía.

–¡Me importa una mierda todo eso! –intervino Ovidio, que se negaba a aceptar el engaño-. ¡¿Dónde está el putito crío?!

–No vive aquí –admitió Felipe, desafiante–. Está muerto.

Un insoportable silencio tenso se adueñó de la sala un segundo.

–Hemos arriesgado nuestras vidas porque tú querías echar un polvo con tu puta habitual –exclamó Ben–. ¿Es eso, desgraciado?

–No vamos a conseguir nada con esto. Calmaos –pidió César levantando las manos en gesto de paz.

–La quiero... –dijo Felipe, por fin, con el rostro compungido–. Era lo más importante para mí...

–¡Es una puta! –estalló Ovidio, agarrando el stick con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

–¿Qué coño importa eso, joder? –gritó Felipe, acorralado–. ¡La quería! ¡Era todo lo que tenía!

–¡Arriesgamos nuestras vidas por tu hijo, por un niño! ¡No por una puta! –respondió Ovidio fuera de sí, agarrándose al marco de la puerta para no arremeter contra Felipe.

–Esa puta tiene el mismo valor que la prestigiosa abogada que fue tu mujer –contestó Felipe, sombrío, mientras dos lágrimas se deslizaban por sus mejillas. El rostro de Ovidio se convirtió en una máscara de furia. César pensó que iba a lanzarse contra Felipe y se puso en guardia para interponerse, pero antes de que pudiese hacer nada, la cara ensangrentada y ansiosa de una mujer desnuda apareció tras Ovidio y le mordió la clavícula, agarrándole la cabeza con unas manos a las que le faltaban la mitad de las uñas y un dedo.

No habían asegurado el resto de puertas.

Ovidio gritó de dolor y se lanzó hacia atrás con toda la fuerza de su cuerpo, tratando de librarse del abrazo de la mujer desnuda. La sangre le empapaba todo el torso mientras el cadáver se aferraba con sus dientes, sus manos y hasta sus piernas a la presa, colgando de él como si fuese una infernal cría de gorila.

–¡Ayúdame! –gritó Ovidio. Era un grito de desesperación absoluta. La mayor verdad que existía tras la Eclosión era que si te mordían estabas muerto. Todo el mundo

sabía qué le esperaba tras la infección. Nadie se salvaba, nadie había combatido el virus, nadie era inmune.

Ben se adelantó y descargó su barra de metal contra la cabeza de su antiguo compañero sin pestañear, sin un mínimo de duda. Esa era toda la ayuda que se podía esperar. Sonó un crujido y el cráneo del hombre se deformó, hundiéndose por el centro. Pero sus gritos no cesaron, sino que se transformaron en un aullido incongruente. Una línea de sangre espesa cayó por su cara y Ovidio y la muerta que le atenazaba se tambalearon hacia atrás, chocando contra la pared del pasillo. Ben avanzó y volvió a golpearle con fiereza, hundiendo más su frente, deformando sus rasgos en una mueca antinatural y haciendo que uno de los ojos del hombre, ya sin vida, se saliese de su cuenca. La muerta se desembarazó del cadáver de Ovidio y levantó la cara hacia ellos dedicándoles una sonrisa macabra con un trozo de carne apretado entre sus dientes. Ben volvió a descargar un poderoso golpe sin inmutarse, como si estuviera cortando leña de un tocón. La mujer desnuda cayó sobre el cuerpo de Ovidio, descansando sobre él, y esparciendo el contenido de su cabeza sobre el abdomen del hombre. Una dramática escena que permanecería en la memoria de César para siempre.

–Espero que fuese ésta –escupió Ben mientras limpiaba su barra contra las sábanas rosas de la cama, dejando un rastro sangriento y grumoso. Felipe negó con la cabeza, en estado de shock. Cayó de rodillas, llorando entre temblores.

–Lo... lo siento... No quería... –su voz se quebró.

César le apartó a un lado y salió al pasillo con el martillo preparado, no quería cometer el mismo error dos veces. La mujer que había matado a Ovidio había dejado un rastro de huellas en el parqué que le guiaron hasta la habitación del fondo, que resultó ser la cocina. Allí descubrió una pequeña terraza que hacía las veces de lavadero. La ventana tenía barrotes y el cristal estaba roto. Aquella muerta debía de haberse quedado junto a la ventana estirando los brazos para tratar de agarrar a cualquier ser vivo que pasara por su campo de visión. Por eso no les había oído hasta que ellos empezaron a gritar. Regresó por el pasillo golpeando las puertas cerradas para asegurarse de que no había nada al otro lado hasta llegar al

cuerpo inmóvil de Ovidio y de su asesina, que descansaban sobre una espesa mancha de sangre. Utilizó el martillo para mover a un lado la cabeza destrozada de la muerta y confirmó sus sospechas: faltaba gran parte de la carne del cuello, era incapaz de proferir sonidos y por eso no la habían oído llegar. Era bastante común y recordó que Raquel los llamaba “los mudos”. César apretó los dientes, maldiciéndose por haber sido tan estúpido de no haber comprobado la casa. No se podía bajar la guardia ni un maldito segundo.

Entró a la habitación y vio a Ben junto a la ventana. Había levantado la persiana y observaba el exterior mientras Felipe, aún de rodillas, murmuraba algo ininteligible. Le hubiese gustado tener algo que decirle para consolarle, pero no le salían las palabras. Por mucho que apreciase a Felipe, se sentía traicionado por él. Nada de aquello debería haber ocurrido, Ovidio no debería estar muerto.

César se acercó a la ventana y observó qué es lo que tenía a Ben tan absorto: los muertos entraban en el edificio como si fuese una boca de metro en hora punta. El parque que habían cruzado previamente se encontraba infestado y más lejos, la calle en la que habían caído los cuerpos sobre el coche estaba tan plagada de muertos que apenas se vislumbraba el asfalto. César sintió que se desvanecía y se agarró al marco de aluminio de la ventana.

–No podremos volver con los demás –susurró desesperanzado.

–Espera a ver si conseguimos siquiera salir de aquí –añadió Ben con un gruñido.

DIEGO FERRERO

Deformación profesional

Diecisiete horas antes de la Eclosión. Madrid. Instalaciones de Eternal Lab.

Se le estaba haciendo eterna la noche. Había estado muchas otras veces solo, de guardia, en peores condiciones, comiendo aperitivos rancios y meando de mala manera en una botella de plástico dentro de un coche. Ahora que tenía una máquina de sándwiches y otra de refrescos, un microondas, una silla cómoda y unos baños que olían a ambientador de pino no lo apreciaba porque cuando era policía, al menos le quedaba la promesa de entrar en acción más tarde o más temprano. Aquella garita era siempre igual, hora tras hora, día tras día.

–Hasta luego –dijo un trabajador que salía del turno de tarde con retraso. Diego no se había aprendido prácticamente ningún nombre porque no había hecho esfuerzo alguno para ello. Le bastaba con conocer sus caras: el tipo calvo, la chica pelirroja, el que llegaba tarde, el que fumaba hierba antes de entrar, la adicta a los refrescos light, el homosexual reprimido... El que se acababa de marchar era el hombre infiel. Esta noche le tocaba cumplir con la amante porqueapestaba a perfume y se había quitado la alianza. Le guiñó un ojo cuando se cruzaron y el tipo le miró extrañado, sin comprender el gesto.

Diego era guardia de seguridad en las instalaciones de Eternal Lab, unos laboratorios farmacéuticos. Después de casi un año y medio allí sabía que la única emoción que podía esperar era que un yonki despistado creyera que en este lugar encontraría algo para colocarse o que un grupo de ecologistas zumbados decidiera soltar a los monos, si es que dentro tenían monos, cosa que ignoraba. Lo que sí sabía es que Eternal Lab tenía muchas cosas que ocultar, porque a parte de la excesiva seguridad y de que allí había personas trabajando las

veinticuatro horas del día, ¿qué clase de empresa farmacéutica tiene una organización de células aisladas? La mayoría de los trabajadores del Nivel 1 no tenían ni la más remota idea de lo que hacían sus compañeros del Nivel 2 y mucho menos del trabajo de sus camaradas del Nivel 3. A Diego le recordaba a la organización de una banda de narcos en versión aséptica. Y aunque había entrado con otra intención en la farmacéutica –un asunto privado del que apenas sabía nada más que el hecho de que estaba relacionado con aquella empresa– el tedio y la depresión le habían llevado a perder el interés. Ahora se limitaba sólo a cobrar el sueldo sin protestar y a gastárselo en el bar después. La voluntad con la que se había infiltrado en aquella empresa se desintegró cuando comprendió que no había nada que pudiese hacer para llevar a cabo su misión. Lo que sabía eran las migajas que se había ido encontrando sin buscarlas. En otras épocas de su vida, cuando aún tenía fuerzas para creer en algo, la cosa hubiese sido muy distinta. Nada parece ser importante cuando la autodestrucción ocupa la mayor parte de tu tiempo.

Lo peor del curro de segurata es que tenía mucho tiempo libre para pensar. Tenía tiempo de echar de menos a su ex mujer, a la hija que nunca conoció y, sobre todo, al hijo que perdió el día que toda su vida –y su fe en la existencia de cualquier ser bondadoso ahí arriba– se fueron a la mierda. Diego era policía, agente de incógnito concretamente, un curro poco recomendable cuando se tiene familia y poco recomendable en general. Demasiado tiempo fuera, demasiado tiempo en compañía de gente demasiado peligrosa y demasiadas cosas que se debían hacer y de las que arrepentirse después. Era bueno en lo que hacía porque tenía cualidades para ello. Era inteligente, astuto, bueno mintiendo y bueno descubriendo las mentiras y, sobretodo, le dedicaba el cien por cien de su tiempo. Aunque a Monique, su ex, nunca le dijese tal cosa. Por aquel entonces aún creía que su familia y su trabajo se podían compatibilizar. Pero no era así. Ser agente de incógnito no es algo que se pueda hacer sin dar el máximo porque no te juegas un despido ni una prima por objetivos, te juegas la vida.

Durante sus mejores años se había infiltrado en numerosas bandas y había conseguido muchas detenciones importantes, había sacado muchas drogas, armas y chicas de las calles. Había convivido codo con codo con criminales que le habrían pegado un tiro en la frente sin hacer preguntas sólo con que hubiesen dudado de él, incluso le hubiesen ahorcado con sus propios intestinos si hubieran llegado a enterarse de que era poli.

Aún con todo, Diego no se arrepentía. ¿Cómo arrepentirse de haber tenido a Carlos? Los cuatro años que disfrutó de su hijo fueron los más maravillosos de su vida. Lo perdió mientras conducía hacia Asturias, su tierra. Volvía para ver a su madre, los lugares en los que le partieron la cara por primera vez, el sitio donde había muerto su padre, su primer trabajo como guía de montaña, el monte en el que conoció a Monique... y la estación de tren de la que partió mucho tiempo atrás y que no volvió a pisar nunca.

Una llamada precipitó el inicio del fin. Tenía treinta años y su oficial le informó de que un soplón había hablado y su tapadera corría peligro. Diego no pudo ocultárselo a Monique, acomodada en el asiento del copiloto, y ella no se tomó bien el hecho de que su familia se acabase de convertir en objetivo de una mafia de los Balcanes. Hubo recriminaciones, gritos, lágrimas y también confesiones: Monique le dijo que estaba embarazada de tres meses. Una frase corta, sencilla, pero suficiente para distraer a Diego. Un frenazo. Olor a rueda quemada. Y el coche giró hasta estrellarse contra un árbol. Los hierros retorcidos atravesaron el esternón de su hijo. Monique aún respiraba... Luego hospital, entierro y divorcio. Ninguno de los dos volvió a ser el mismo. Se convirtieron en extraños y no supieron nunca más del otro. Diego ni siquiera conoció a su hija, que se había salvado milagrosamente en el vientre de su madre. Después de dieciséis años, aún se siente culpable del accidente. Jamás de haber tenido familia, ni de haber dado lo máximo en su trabajo. Pero sí del accidente, de no haber estado atento, de la ironía de haberse permitido una distracción que jamás hubiese tenido estando de servicio.

Después de aquello, todo en su vida se desmoronó. Y unos años después dejó el trabajo. Aún podía hacer cosas desde

la oficina pero no tuvo fuerzas. Todavía sentía respeto por su profesión y sabía que no estando al cien por cien se convertiría en un lastre y en un peligro. Así que pasó de ser uno de los mejores agentes de infiltración a ser guardia de seguridad después de fundirse todo el paro, sus ahorros y los ahorros de todos los que le debían favores. Fueron dieciséis años duros. De su primer trabajo le echaron por absentismo. Del segundo por partirle el brazo a un chaval. Del tercero por borracho. Y del cuarto por acostarse con la esposa de su jefe y comentárselo después. Llevaba un año y seis meses en Eternal Lab y, tal y como habían sucedido las cosas, podrían echarle en cualquier momento por alguna estupidez que aún no sabía que iba cometer. No estaba seguro de que su descenso a los infiernos hubiese terminado aún. Siempre se podía ir a peor.

Diego decidió salir fuera para hacer una pequeña ronda, echarse un cigarro y mear contra una pared, como en los viejos tiempos. Estaba apurando el pitillo cuando escuchó una puerta de emergencia abrirse al otro lado de dos gigantescas bombonas de oxígeno y nitrógeno. Dos hombres salieron al exterior, iba a ignorarlos y a marcharse cuando algo en su conversación hizo que le saltaran sus antiguas alarmas.

–¿Qué coño te pasa? –dijo la primera voz.

–Es este traslado –contestó la segunda.

–Joder, no voy a hablar de eso ahora. Quedan veinte minutos.

–Solo tiene treinta años, es una cría, esto es distinto...

–Macho, hay dos cosas por las que te pagan: mancharte las manos y no preguntarte porqué –contestó de nuevo la otra voz, visiblemente incómoda. Diego no estaba seguro de si la incomodidad se debía a la conversación o al lugar donde se estaba llevando a cabo, pero algo le decía que era lo segundo.

–Lo sé, y lo haré, pero... ¿Nunca te has planteado que las cosas no sean como nos han dicho? ¿Que lo que hacemos no sea lo correcto?

–No me jodas, ¿qué te acabo de decir? Mira, el objetivo curra en el Nivel 4. La gente del Nivel 4 no es una cualquiera, eso se sabe. Tendrá treinta años pero está mucho más metida en

esto que tú y que yo. Para bien y para mal. Oye, espera un momento –terminó, bajando aún más la voz.

Diego escuchó la grava crujir bajo los pies de la segunda voz. Se estaba moviendo hacia su dirección y supo que no sería bueno para él que le viesan fisgoneando. Tampoco podía huir, así que se apretó un poco más contra la pared y se refugió en las sombras creadas por las bombonas. Un hombre de unos cuarenta y cinco años apareció en su campo de visión. Se trataba de una persona atlética, con el pelo cortado al estilo militar. Llevaba un traje bastante caro, aunque sin corbata. El tipo echó un vistazo rápido en su dirección. Después regresó junto a la segunda voz y le perdió de vista otra vez.

–Vale, ella sabe más que nosotros, ¿y qué? Seguimos sin saber nada –insistió el hombre que tenía dudas morales.

–Yo confió en él. Y él da las órdenes. Es todo lo que necesito.

–Yo también confío en... él, pero ¿y si los que están más arriba le han engañado? ¿Hasta dónde llega esto? No se traslada sin una buena...

–Cierra la boca –interrumpió nervioso el tipo con aspecto de soldado mal disfrazado–. Si él confía, yo confío. Punto.

–De acuerdo. Lo siento –se rindió el militar-con-dudas-morales.

–Voy a pasar todo esto de largo, pero si vuelves con mierdas de éstas tendré que informar –sentenció el militar-peligroso–. Vamos, hay que prepararse.

Diego esperó un minuto antes de moverse para asegurarse de que realmente se habían marchado. Acababa de constatar que sus sospechas sobre Eternal Lab no eran infundadas. Aquellos hombres hablaban de asesinar con un lenguaje cifrado tan burdo que no lo hubiera esperado ni en un pandillero de tercera. ¿Qué clase de trabajo se estaba llevando a cabo allí para que fuese necesario “el traslado” de una trabajadora con la que no estaban satisfechos? Diego resolvió, mientras volvía a su garita junto a la entrada principal, que no era buena idea inmiscuirse en aquello. Para empezar podría tratarse de una paranoia suya, una nueva y creativa manera que

tenía su cerebro de perder otro trabajo y acabar en la cárcel. Y aunque no fuese así, podría ser la forma de acabar muerto. Estaba seguro de habérselas visto con tipos más peligrosos que esos dos, pero tampoco eran pandilleros ni traficantes. No conocía el terreno de juego y eso podía ser fatal. Ya no era el mismo hombre que creía que podría salvar el mundo.

Estaba de nuevo en su garita abriendo una lata de cerveza cuando vio a la que él conocía como la chica pelirroja caminando por el parking acompañada del soldado al que había identificado antes, el militar-peligroso, y por otro hombre, alto, más joven y también vestido con traje, probablemente el militar-con-dudas-morales. Ella llevaba una caja de cartón con sus pertenencias y caminaba con la mirada fija en el suelo. Todo en su expresión corporal denotaba algo más que la tristeza de un despido. La chica pelirroja emanaba tanto miedo que le extrañó que los soldados no se diesen cuenta. No eran conscientes de que ella sabía a dónde la conducían.

Llegaron junto a un Audi R8 negro aparcado en una de las plazas preferentes del parking exterior. El militar-peligroso le hizo un gesto amable a la chica pelirroja para que montase tras el asiento del conductor –un error puesto que no podría girarse para controlarla mientras conducía– y sacó las llaves del coche. De improviso, la chica pelirroja le tiró la caja al militar-con-problemas-morales y lanzó una patada a los huevos del militar-peligroso. Para su desgracia, el hombre estuvo rápido y cerró los muslos antes de que el golpe le causara estragos, aprisionando a su vez la pierna de la chica pelirroja. Le dijo algo y sonrió justo antes de asestarle un manotazo que hizo que la mujer se tambalease. Cuando levantó la cara, sangraba profusamente por un corte en el labio.

Diego se retiró rápidamente de la ventana de la garita y se agachó para que no le vieran espiando. Apretaba los puños inconscientemente.

Escuchó el ruido del motor de arranque del Audi y cuando asomó la cabeza vio al vehículo marcharse. Se quedó un

instante plantado, incapaz de moverse, dudando. Dejó escapar el aire que había estado reteniendo y le dio un trago a la cerveza que aún no había probado. Estaba deliciosa, tenía otro sabor. Uno que llevaba sin probar un año y medio.

Cogió un post-it, escribió “vuelvo en cinco minutos” y lo pegó al cristal.

Seguir a los tipos sin que se dieran cuenta fue fácil. Afortunadamente eran predecibles, porque conducían de la forma más legal posible para no llamar la atención, ya que en caso contrario poco podría haber hecho con su Golf TDI de segunda mano. Los tipos pararon por primera vez en un bloque de pisos a varios kilómetros de allí. Era una zona residencial del extrarradio y un lugar poco probable para llevar a cabo un “traslado”. Diego aprovechó para sacar del maletero unos prismáticos y una pistola que había conseguido en el mercado negro después de que la Policía le retirase su arma reglamentaria. El militar-peligroso sacó a la chica pelirroja del vehículo tras cerciorarse de que no había nadie allí que pudiese verles. Diego observó a través de los prismáticos. El militar-peligroso ocultaba un arma en el bolsillo con la que estaba obligando a la chica a caminar hasta un portal.

–Llama a un vecino que te conozca y con el que tengas confianza, identificate y di que tu llave del portal no abre. Sé amable. Si se te ocurre decirle alguna estupidez, también tu vecino morirá –Diego había aprendido a leer los labios mucho tiempo atrás y no recordaba haber aprendido nunca nada tan útil como eso.

La chica pelirroja contestó algo pero no pudo entenderlo al estar de perfil. Pocos segundos después, se abrió la puerta. El militar-con-problemas-morales le entregó la caja de sus pertenencias a la chica pelirroja y ambos entraron en la casa.

Diego pensó que aquella maniobra con los vecinos debía responder a alguna clase de plan concebido para despistar a los posibles detectives que investigaran la desaparición de la mujer. Les resultaría complicado relacionar el caso con Eternal Lab si

un testigo declaraba que ella había vuelto a casa tras la jornada laboral. La cronología que tratarían de elaborar los investigadores estaría mal desde el principio. Además, seguramente se encargarían de dejar en su piso algunas pruebas evidentes de una fuga, un suicidio o cualquier otra cosa que hiciese que el sobresaturado sistema policial cerrase rápido el caso. No eran tan inútiles después de todo.

Cuando Diego acababa de terminarse la cerveza, los tres volvieron a salir y montaron de nuevo en el Audi. Esperó a perderlos en una esquina para salir tras ellos. Empezaba a ser bastante tarde y era más fácil llamar la atención si les seguía de cerca, especialmente si, como esperaba, se dirigían a una zona alejada de cualquier presencia humana para hacer el trabajo. Aún tenía que pensar en cómo demonios iba a solucionar aquello.

Aparcó a varios cientos de metros del lugar en el que lo habían hecho los militares. Había conducido tras ellos durante casi una hora y estuvo a punto de perderlos un par de veces. Se detuvieron en una zona boscosa, en la sierra de Madrid. Era noche cerrada y, por fortuna, ellos sí llevaban linternas, lo que había facilitado a Diego la tarea de seguirles campo a través sin delatarse. Aún con todo, estaba tardando en acercarse y no sabía de cuánto tiempo disponía antes de que ejecutasen a la chica. No había escuchado ningún disparo, pero eso no significaba que ella siguiese con vida. Tenía que acercarse más y cada pisada suya en el crujiente suelo boscoso sonaba como un trueno. Finalmente, consiguió ocultarse tras un árbol lo suficientemente cerca como para escuchar la conversación. La chica pelirroja seguía viva.

—No te lo voy a repetir más veces, Emma. ¿Le has dicho a alguien en qué estabas trabajando? —preguntó el militar-peligroso. La chica no respondió. Estaba de rodillas, con una capucha cubriéndole la cabeza y una brida de plástico sujetándole las manos.

—¿Has dejado algún mensaje a alguien? ¿Tienes un diario donde hayas apuntado información confidencial? —preguntó el militar-con-dudas-morales.

–¿Por qué coño creéis que voy a deciros nada, imbéciles?
–estalló de pronto Emma–. Vais a matarme os diga lo que os diga. ¡Joder!

–Creí que había dejado eso bastante claro. De la sinceridad de tus respuestas depende tu sufrimiento inmediato
–contestó el militar-peligroso. La chica rompió a llorar y el otro militar se llevó las manos al rostro, visiblemente incómodo con todo aquello.

–Escucha Emma, tienes que contarnos esto porque, en el fondo, tú sabes que lo que hacemos está bien. Ayudamos al mundo... –empezó el militar-con-dudas-morales.

–¡Tú no sabes nada! ¡Sólo eres un matón a sueldo! ¡¿Qué coño crees que hacemos en los laboratorios?! ¿Curar enfermedades degenerativas por caridad? –sollozó Emma con la voz ahogada por las lágrimas y la capucha.

–Esta zorra no va a contarnos una mierda, Juan –dijo el militar- peligroso–. Acaba con ella y volvamos, no tengo ganas de mancharme las manos torturándola.

Emma redobló sus sollozos y Juan se colocó frente a ella. Diego se asomó una última vez para examinar posiciones antes de entrar en acción. El hombre aún no había desenfundado ningún arma. Tardaría unos cuatro segundos en llegar hasta él después de descubrir su posición. Su éxito dependería de la rapidez de aquellos tipos a los que desconocía. No quería matar a Juan, el militar-con-dudas-morales, pero, francamente, le preocupaba más el otro. Aún tenía que decidir qué hacer con él.

–¿A qué coño esperas? –dijo el militar-peligroso.

–Por favor... –imploró Emma.

Juan desenfundó el arma y la amartilló. Era el momento. Diego dejó la protección del árbol y corrió hasta el ejecutor. El ruido alertó a ambos soldados que se giraron hacia él inmediatamente. Diego esperaba esa reacción. Estaba encima de Juan antes de que éste pudiese apuntarle. Le sujetó el brazo de la pistola con ambas manos y dirigió el tiro hacia su compañero. Dos disparos estallaron por todo el bosque. Emma gritó. Cientos de pájaros volaron asustados de sus nidos mientras el militar- peligroso se desplomaba en el suelo con dos balazos en el pecho. Por fin había decidido qué hacer con él.

Juan lanzó un codazo que impactó en sus costillas. Aún doblándose de dolor, Diego sabía que tenía que aprovechar la sorpresa inicial o no sería rival para el soldado. Retorció el brazo que aún sujetaba y aprovechó para dar un cabezazo a Juan en la frente. La nariz del tipo crujió al romperse y él trastabilló un paso atrás, aturdido. Diego se giró, poniéndose frente a él por primera vez y le asestó un codazo en la sien. El militar cayó como un fardo al suelo, respirando trabajosamente por su nariz fracturada. Se arrodilló junto a él y le colocó de lado para evitar que se ahogase con su propia sangre mientras permaneciese inconsciente.

Emma aún lloraba, de rodillas, con la cara contra el suelo. Diego se acercó a ella y cortó la brida que unía sus manos con una navaja que siempre llevaba encima. Percibió los temblores que acosaban a la chica y le susurró unas palabras tranquilizadoras para evitar que le atacase. Luego le quitó la capucha y se arrodilló junto a ella.

–Estás a salvo... –le dijo.

Emma no contestó.

–No vuelvas a casa. No intentes ponerte en contacto con nadie cercano. No saques dinero. Róbale su documentación a alguna chica que se parezca a ti. Muévete por carretera y sal del país lo antes que puedas –le dijo observando su rostro demacrado y sus ojos rojos e hinchados. Aún con todo, Diego pensó que era una mujer muy atractiva. Nunca antes se había fijado cuando sólo era “la chica pelirroja”. Ella siguió mirándole entre atónita y aterrada, parpadeando sin parar, incapaz de entender qué era lo que había ocurrido.

–¿Qui... quién eres? –murmuró al fin. Al parecer Emma le había prestado incluso menos atención a él cuando era guardia de seguridad de la que le había prestado él a ella. Eso era bueno.

–Para ti, ya nadie –respondió Diego.

–Gracias... –dijo Emma.

Diego no respondió, no necesitaba ningún agradecimiento. Lo cierto era que se sentía vivo otra vez.

CLARA LARREA

Bailando en el borde del fin del mundo

Veinticinco días después de la Eclosión. Una calle de Madrid.

Clara giró una esquina y se metió en un coche abandonado, acurrucándose en los asientos traseros, fundiéndose con las sombras. Los muertos que la seguían no tardaron en pasar de largo. Si no dabas ninguna señal de vida continuaban su camino erráticamente, corriendo espoleados por el hambre hacia ningún sitio. Esperó unos segundos a que se alejaran y salió de nuevo a la calle, en silencio. No había ninguno alrededor. Los tarados veían tan mal en la oscuridad como los vivos, quizás peor.

Siguió avanzando por la calle desierta hasta que vio la puerta de un restaurante mejicano abierta y entró. Olía a carne podrida y a descomposición. Dio unos golpes contra una silla y escuchó. Dentro del local nada reaccionó al sonido. Silbó una breve canción. Nada. El sitio era seguro.

Se dirigió a la cocina. Entre la carne y las verduras podridas encontró tres latas grandes de carne con chili y unas tortitas de maíz medio mohosas, pero aún aprovechables. Se recostó contra la puerta del horno, oculta de cualquier ojo ajeno, y abrió una de las latas. Necesitaba comer.

Clara se consideraba una superviviente. Lo bastante fría y despiadada como para haber sobrevivido a la muerte de su hijo y a que el mundo entero se convirtiese en una película de terror solo una semana después. El truco estaba en no sentir nada, en no desear nada, en no conservar ninguna esperanza. Si empezabas a pensar que las cosas podían ir bien te volvías débil y, entonces, o los muertos o el dolor acababan contigo.

La carne estaba deliciosa y Clara no pudo evitar reír al rebañarla con el dedo. Acababa de dar esquinazo a media docena de tarados, como les llamaba ella –la idea de que fueran muertos vivientes no había entrado en su cabeza– y se rió como hacía días que no se reía. Los demás supervivientes se escondían, se reunían en grupos e intentaban salvaguardar las vidas que tenían antes del Apocalipsis. Pero Clara no. Ella aprendió. Hacía no mucho intentó asociarse con una chica que buscaba desesperadamente a su hermana gemela. La chica estaba convencida de que seguía con vida gracias a su vínculo especial de gemelas univitelinas o alguna tontería así. Le dijo que llevaban años sin verse porque ella había matado a su cuñado cuando le sorprendió maltratando a su hermana. Una historia poco creíble, en su opinión. La chica, que dijo llamarse Emma, no parecía peligrosa y desde luego no tenía pinta de poder matar a nadie. La abandonó tras dos días de convivencia al constatar que no le era de ninguna utilidad, más bien todo lo contrario, la retrasaba. Clara sabía que esconderse no servía para nada. La única forma de que no te cazaran los tarados era estar en constante movimiento y ser más listo que ellos. Los grupos sólo te hacían más vulnerable porque los tarados, como todos los depredadores, buscan las concentraciones de presas, huelen el miedo. Pero sobre todo, Clara sabía que lo que antes llamaba vida no era más que una ilusión imperfecta y que la vida de verdad había empezado ahora que se había desatado el caos. El caos por el que ella había rezado tanto desde la muerte de su hijo. Y eso la hacía reír.

Su vida no fue interesante. Clara solía pararse a pensar en ello a menudo, cuando lograba descansar un poco. Una especie de catarsis que la ayudaba a recordar porqué seguía viviendo. Nació en un barrio obrero de la capital, hace treinta y tres años, y se crió con unos padres que trabajaban mucho, él en la construcción y ella limpiando, y que nunca encontraron demasiado tiempo para pasarlo con ella. En el colegio tuvo amigas, alguna que otra vez le tiraron el bollo al suelo y un día que fue con sus pendientes favoritos se los robaron, así que aprendió que si algo te importa de verdad hay que alejarlo de los

demás. Se le daban bien las matemáticas y cuando los chicos le levantaban la falda, se ponía colorada y le costaba defenderse porque, en el fondo, la atención le hacía sentirse especial. Ni si quiera importaba mucho que fuese una atención violenta. En su casa había tan pocos mimos, tan pocas risas y tan pocos detalles con ella que todo contacto humano le hacía sentirse querida, por eso terminó abriéndose de piernas con cualquier chico que le sonriera. A su padre le daba igual que su hija fuese la zorra del barrio y, con el tiempo, a ella también dejó de importarle lo que él pensase.

Un ruido arrancó a Clara de sus recuerdos. Era un ruido tan leve que era poco probable que lo hubiese hecho un tarado. Sin embargo, se levantó para comprobarlo. Había visto a algunos de esos cadáveres tan destrozados que apenas podían moverse, personas atrapadas en cuerpos mutilados que podían sorprenderte bajo una cama o un coche. Echó un vistazo rápido y se dio cuenta de que había excrementos de rata en el local. Algún roedor produjo el ruido. Volvió a sentarse donde estaba, cogió la lata de carne y siguió comiendo y recordando, con el hacha cerca.

Cuando cumplió dieciocho años, empezó a estudiar secretariado. Nunca se quejó de que la opción de la universidad, en su casa, ni se comentase. Una vez escuchó una conversación de sus padres sobre ella.

–¿Qué más se puede pedir? –decía su padre–. ¿Que la niña tiene las bragas un poco sueltas? Bueno, eso no cuesta dinero.

–Pero cariño... –contestó su madre. El hombre volvió a interrumpirla.

–Si algún día uno de esos gilipollas le hace un bombo, pues a cargar con el niño y que se lleve a la golfa con él. Como hice yo. Es lo que se debe hacer ¿Acaso tú no has sido feliz?

Clara nunca supo si su madre alguna vez fue feliz. Dudaba de que pudiese serlo estando todo el día de rodillas limpiando la mierda de los suyos y la de los demás. Poco después de aquello Clara encontró trabajo. Entonces era más

guapa que ahora, con mucha iniciativa, lista y con capacidad para solucionar problemas. Y no hizo falta que le pagaran mucho. La empresa era pequeña, un bufete de abogados en alza, y uno de los socios siempre se quedaba a comer con ella en la oficina. Clara era consciente de que si un tío es simpático con una chica bonita es que quiere meterle la mano en la cartera o en las bragas. Ella no tenía dinero, así que su caso estaba claro. Después de un año de relaciones se quedó embarazada y, aunque él no quiso saber nada del asunto, ella decidió seguir adelante. Abandonó a su familia antes de que se le notase siquiera la tripa. Nueve meses después dio a luz a Jorge, un niño maravilloso, lleno de vida, travieso, inteligente... Un niño que iba a tener todas las oportunidades que no le dieron a ella. Siempre tuvo mimos y caricias y Reyes Magos y un árbol de Navidad precioso y una tarta todos los cumpleaños y risas y comidas especiales y cine los domingos...

Hasta que un conductor –ni tan siquiera borracho, sólo uno que se saltó un semáforo– le dejó en un coma irreversible durante trece meses. Como había venido, Jorge se marchó. El niño tenía diez años y, en ese momento, su vida entera también entró en coma. El reloj se detuvo y se puso en marcha el día en el que los tarados asaltaron la oficina donde trabajaba de nueve a dos y de cuatro a ocho para llegar a casa lo más cansada posible y así ser incapaz de pensar. La Eclosión –el nombre que le pusieron al Apocalipsis– ocurrió sólo una semana después de que Jorge falleciese definitivamente de forma súbita.

Sus compañeros la habían apodado “la zombie” porque no hablaba con ellos, ¿cómo iba a hacerlo si estaba muerta? ¡Qué irónico resultó ver cómo los devoraban mientras ella encontraba de golpe la energía que el coma le había robado y conseguía abrirse camino con un hacha de incendios hasta el parking! Allí fue sencillo coger un coche y dirigirse hacia el sur de la ciudad, donde habían enterrado a su hijo en el cementerio civil. Si los muertos se estaban levantando, su niño también habría vuelto y necesitaría a su madre.

El problema fue que moverse por la ciudad le resultó mucho más difícil de lo que creyó en un principio. En cuanto

perdió el coche, sus avances empezaron a resultar mínimos. Pero ahora, más de tres semanas después, ya estaba cerca.

Clara terminó la lata de chili con carne y sintió la energía y los nutrientes, recorriendo su sangre. Guardó las otras latas y las tortas mohosas en su macuto y salió del restaurante mejicano en completo silencio. Quería retroceder un par de manzanas y comprobar si podía darle utilidad a una moto que localizó mientras huía de los tarados. El conductor de la moto estaba también allí, con los sesos desparramados contra el poste de una señal de tráfico. Si el vehículo aún funcionaba, podría ayudarla a avanzar.

Tenía que darse prisa, iba a reunirse con su niño enterrado en una trampa bajo tierra y, cuando lo hiciera, le liberaría, le abrazaría y él la infectaría. Y ya siempre estarían juntos. Por eso Clara se mantenía fría, porque era la clave de la supervivencia. No tenía esperanzas, porque cuando el mundo se ha acabado, lo peor que se puede tener es esperanza. Y, al fin y al cabo, buscar a su hijo no es una esperanza, es un objetivo y hasta los tarados tienen objetivos. No albergaba deseos ni debilidades, porque sólo así podía bailar por el borde del fin del mundo sin caerse al vacío. Ella era la madre de un hijo muerto que esperaba ser rescatado. Se había mantenido con vida porque era la única mujer feliz y exultante en un mundo que se había convertido en un cementerio.

ADRIÁN GARRIDO

Un as en la manga

Treinta y seis días después de la Eclosión. Azotea de un edificio a las afueras de Madrid.

Se acabaron los suministros. Estaban jodidos. Apenas quedaba algo en el supermercado que tenían debajo cuando se refugiaron allí y ahora “algo” era “nada”. El hambre y la sed terminarían haciendo que algunos perdieran los nervios. El miedo, el frío y la falta de higiene son cosas que la mayoría podían sobrellevar, pero cuando el estómago ruge... Adrián sabía bien lo que era eso. Y no le gustaba como esa señora ex obesa miraba a Gómez, su perro y mejor amigo. Estaba seguro de que la tipa se dejaría cortar los dedos de una mano con tal de hincarle el diente a algo de carne.

Tampoco la culpaba demasiado, él se dejaría cortar un dedo a cambio de una botella de licor. El último cartón de vino que le quedaba no vería un nuevo amanecer. Y la noche acababa de empezar y el frío de otoño era cada día más intenso.

–Toma chico, ya no hay edad mínima para beber –le dijo a Gonzalo, un chaval de unos doce años que le observaba bajo la luz de la luna. El chico agarró el brick y bebió con ansia, arrugando la nariz pero sin dejar de tragar. Adrián sabía que se habría bebido igual una botella de meados si se la hubiera ofrecido. Le pidió el cartón de vuelta con un gesto de la mano y el chico se lo devolvió.

Tenían que salir de allí ya, pero las opciones no eran demasiadas tal y como estaban las cosas. Eran siete personas y tendrían suerte si tres o cuatro conseguían huir a otro lugar con más posibilidades. Tres pisos por debajo de ellos, los muertos se acumulaban poco a poco bajo el edificio. No parecía que fuesen conscientes de su presencia en la azotea, pero desde luego había

algo que les empujaba hasta allí. Cada nuevo muerto en la calle reducía las opciones de escapar un poco más.

Hasta hace poco, lo único que Adrián podía elegir en su vida era dónde caerse muerto, así que no le importaba demasiado tener que jugarse el pellejo. Pero dudaba de que el resto tuviesen huevos. Lo que le preocupaba más era el sentimiento de responsabilidad que le habían creado a él. ¿Cómo se había convertido en algo parecido a un cabecilla entre esos desgraciados? Dos meses atrás la mayoría de ellos le habrían escupido por la calle o habrían mirado hacia otro lado al cruzarse con él. Adrián les habría correspondido con similar desprecio. Ahora le costaba atreverse a decirles que para salir de allí algunos tendrían que morir.

Natalia, una chica de unos treinta años bastante atractiva se acercó hasta él, se sentó a su lado y empezó a acariciar la cabeza de Gómez. Natalia le gustaba, no en un sentido amoroso, porque hacía tiempo que había perdido la dignidad y para enamorarse hay que tener dignidad. Ella era cajera en el supermercado que tenían debajo. Antes de que todo aquello empezara, le guardaba bolsas con comida recién caducada y carne algo pasada para Gómez. Sobre todo, más que la comida, lo que Adrián apreciaba de ella era que lo trataba como a un ser humano.

–Las noches son más frías ya –le dijo Natalia abrazándose las rodillas.

–Es nuestro menor problema –contestó Adrián, con una certeza que no dejaba lugar a dudas. A sus cincuenta y seis años, había vivido en la calle los últimos quince y comprendía demasiado bien lo que era dormirse con las extremidades entumecidas y la única compañía del vaho de la propia respiración. De todas formas, si se quedaban ahí morirían antes de que el frío se hiciese tan intenso.

–Tenemos que marcharnos.

–Ahmed dice que... –empezó la chica.

–Ahmed dice que Allah proveerá o alguna gilipollez así –le interrumpió Adrián. Natalia rió entre dientes. Ahmed era un santurrón musulmán, imán o algo así. Un especie de cura en versión árabe. Todo lo que sabía Adrián de religiones es que

podrían el cerebro. Si existía un Dios, desde luego no era bueno. No lo era antes de los muertos y mucho menos después.

–Dice que podemos intentar meternos en las casas además de en el súper donde ya no queda nada. Encontrar la comida que otros ya no necesitan –dijo Gonzalo, que se había incorporado a la conversación acercándose poco a poco.

–Vete a dormir –ordenó Adrián señalando el otro extremo de la azotea con el dedo. Gonzalo puso morros pero se levantó y se marchó unos metros más allá.

–A Ahmed le faltan huevos –le dijo a Natalia–. Llevamos aquí casi un mes. La situación está peor cada día y está claro que no van a rescatarnos, ya no existe gobierno ni sociedad. Allah no va a proveer nada.

–Pero salir ahí fuera... Es una muerte horrible –susurró Natalia. Gómez percibió la tristeza de la chica y acurrucó su cabeza en su regazo. El perro era único detectando la desesperación.

–Sólo si morimos –dijo Adrián–. Al menos ahora sabemos lo que hay. Cuando empezó todo esto nos pilló por sorpresa, por eso cayó tanta gente. Ahora sabemos que están muertos de verdad, que hay que darles en la cabeza, que si te muerden te infectan y eso te mata y te resucita...

–Viene Ahmed –le advirtió Natalia, interrumpiéndole. El imán acababa de terminar sus oraciones y de recoger la alfombra y la arena que usaba para lavarse las manos. Se acercó con decisión.

–¿Tratáis el tema de los alimentos? –preguntó cordialmente.

–No hay otro tema, Ahmed –contestó Adrián.

–Creo que podríamos buscar en las viviendas cercanas, de la misma forma que lo hacemos en el supermercado –explicó, poniéndose unas gafas de montura fina y acariciándose la descuidada barba canosa.

–¿Y eso lo hacemos hasta que Allah salve nuestras almas o hasta cuándo? –se mofó Adrián.

–Hasta que nos muestre el camino –sonrió el imán sin perder el semblante amable pero serio–. Sin embargo, mientras ocurre, debemos comer. Eso es de lo que debemos hablar.

–Adrián cree que tendríamos que irnos ya –dijo Natalia. Adrián torció el gesto. No quería discutir los pormenores de su plan, si es que se le podía llamar así, con el santurrón. Ahmed gozaba de la simpatía de la mayoría del grupo y si el musulmán se oponía era posible que el resto también lo hiciese. Pero el hombre estaba equivocado y eso los llevaría a todos a morir de hambre. Por fortuna, justamente el hambre era su mejor aliado.

–¿Movernos de aquí? –preguntó Ahmed–. ¿Cómo?

–Con las piernas –contestó Adrián, irónico.

–No me excluyas de esto, Adrián. No puedes. Somos un equipo, aunque no nos gustemos. Y no estás al mando –declaró Ahmed, solemne.

–Ni quiero estarlo, pero parece que no te enteras: moriremos aquí o moriremos devorados fuera. La diferencia es que en la calle al menos tenemos una opción.

–No tenemos armas. No somos soldados.

–¿Y qué? El ejército, con todas sus armas y todos sus soldados, se fue a la mierda –argumentó Adrián–. Los refugios de protección fueron masacrados, eso es lo último que supimos.

–Me das la razón. ¿Qué podemos hacer nosotros entonces? –contestó Ahmed. El imán era realmente irritante.

–Leo dijo que aún había soldados –intervino Natalia. Leo había desaparecido hacía tres días. Era un hombre que estaba refugiado en una vivienda cercana y podían verle en la terraza. Se comunicaron con él gracias a una pizarra durante hasta que desapareció. Les pasó información de cómo estaba el mundo pues, durante un tiempo, aún tuvo acceso a Internet y a la radio. Lo último que les dijo es que todavía había facciones del ejército luchando por rescatar supervivientes. Pero ni Adrián ni ninguno de los demás habían visto nada que les hiciera pensar en esa posibilidad. Ni aviones, ni tanques, ni tan siquiera disparos. Sólo una vez les pareció escuchar un helicóptero, pero no llegaron a verlo. Lo que sí vieron fue a otros humanos luchando por sus vidas en las calles. Uno de ellos, Hugo, incluso había conseguido llegar a la azotea. Pero nada parecido a una organización militar.

–No podemos fiarnos de todo lo que nos dijo Leo –contestó Adrián–. No podemos esperar que nos salven.

–Debemos tener fe –dijo Ahmed, cogiendo la mano de Natalia con afecto.

Adrián suspiró ruidosamente y se alejó. Qué hijo de puta. Estaba claro que dialécticamente no tenía nada que hacer contra el santurrón. Dio por terminada la conversación, cogió el cartón de vino y apuró los últimos tragos. Pensaba dejar algo para Gonzalo porque cuando hiciesen lo que debían hacer, el chaval iba a necesitar cojones. Aunque parecía ser que era mejor tener fe.

Treinta y siete días después de la Eclosión. Azotea de un edificio en Madrid.

–Las cosas están así –dijo Adrián con la primera luz del día, después de que la gente se desperezase y se desentumeciese de una fatigosa noche al raso sobre cartones.

–O nos vamos o morimos de hambre y sed.

Natalia, Ahmed, Gonzalo, Feli, la mujer ex obsesa, Donielle, una cuarentona italiana y pija, y Hugo, un electricista cubierto de tatuajes, le escuchaban atentamente. Gómez se situó tras él, como acostumbraba a hacer.

–Ahmed cree que podemos vivir aquí hasta que Allah nos salve –continuó Adrián–. Pero no podemos. En tres días apenas podremos movernos y en siete habremos muerto.

–Tenemos otras opciones –intervino Ahmed–. Podemos explorar las casas vecinas.

–Que pueden estar llenas de muertos–. le interrumpió Adrián.

–Como las calles –añadió Ahmed rápidamente.

–¿Cuál es tu plan? –preguntó Hugo–. Parece que tengas un plan.

Adrián se acarició la barba.

–Bajamos al supermercado, atraemos dentro a los que podamos y usamos los estantes y los pasillos para despistarlos. Cuando salgamos, habrá menos fuera y podremos correr.

–Eso es un suicidio, nos comerán –intervino Feli, asustada de solo pensarlo.

–Es peligroso, pero... Aquí no podemos quedarnos para siempre. Hay que luchar contra ellos, moverse.

–Nunca hemos luchado –comentó Hugo.

–Nunca hubo una escuela en la que enseñaran a combatir zombis. Abrid los ojos, coño. Los que siguen vivos ahí fuera han aprendido a hacerlo –dijo Adrián cada vez más harto.

–¿Y qué haremos después? –preguntó Gonzalo.

–Huiremos, nos iremos al campo, donde haya menos muertos.

–¿Cómo? ¿Cómo saldremos de la ciudad? ¡Hay muchos kilómetros! –le interrumpió esta vez Donielle.

–¿Cómo coño quieres que lo sepa? –respondió Adrián, irritado.

–La seguridad es lo más importante –apostilló Ahmed.

–¡No! ¡Comer es lo más importante, joder!

–Tenemos más hambre porque le diste provisiones a tu perro –contestó Feli, airada. Adrián se giró hacia ella con furia y la señaló con el dedo, amenazante.

–Cierra la boca o te la cerraré yo –respondió Adrián. Gómez gruñó tras él, consciente de la inestabilidad de su amo. Natalia le suplicó con la mirada que se controlase.

–Esto no nos conduce a nada –empezó Ahmed, pero Adrián estaba harto de todo, de todos. No veían la situación con claridad y él tampoco era capaz de hacérsela ver. Hacía tiempo que había perdido sus habilidades sociales.

–Yo me marcharé hoy –dijo –Me iré tanto si viene alguien como si no. Sois libres de hacer lo que os dé la puta gana. Subsistid saqueando las migajas que quedan en las casas mientras podáis, hasta que se acaben, y dejad que mientras se acumulen cada vez más muertos ahí abajo. Terminaréis comiéndos unos a otros, idiotas.

Adrián agarró a Gómez del collar y le empujó hacia la puerta de la azotea. Tampoco tenía sentido esperar más tiempo. Natalia corrió tras él y le sujetó del hombro. Gómez giró sobre sí mismo, mostrando los dientes. Cuando vio que se trataba de la cajera, se relajó.

–Espera, Adrián –le suplicó–. No te vayas. Así no.

–Ya sabes lo que hay –contestó.

–Deja que reflexionen, a mí me has convencido. Espera un poco, por favor –pidió Natalia. Adrián echó un vistazo atrás: Ahmed y los demás susurraban en el otro extremo de la azotea. Por sus caras supo que había sembrado la duda. Al fin y al cabo parecía que el mundo seguía funcionando con amenazas. O quizás estaban sobreponiéndose al miedo. Adrián asintió. Esperaría una hora.

No tardaron ni veinte minutos en comunicarle que todos irían con él. Ahmed estaba claramente disgustado y Adrián sintió una punzada de satisfacción después de haber ganado esa batalla de orgullo.

–No será fácil –les dijo cuando hubieron reunido sus escasas pertenencias. Lo más valioso que tenían era una navaja y cuatro palos de escoba a los que les habían sacado punta para crear improvisadas lanzas.

–Es posible que no todos lo logremos, quiero que eso quede bien claro –informó. No quería que luego nadie le recriminase nada.

–He rezado para que todo vaya bien –murmuró Ahmed.

–Gracias, supongo –dijo Adrián–. Antes de salir, creemos algo de confusión ahí abajo.

Había tres maceteros grandes como la rueda de un coche en la azotea y Adrián quería lanzarlos encima de los muertos, justo al otro lado de la salida que tomarían cuando lograsen cruzar el supermercado. Con suerte, incluso partirían algún cráneo en el proceso.

Con ayuda de Hugo y Natalia lanzaron el primer macetero al vacío. El ruido de la cerámica haciéndose añicos se propagó como un trueno en las calles desiertas. Poco a poco, unos veinte muertos llegaron furiosos hasta el lugar. El segundo proyectil improvisado impactó sobre uno de los cadáveres convirtiéndolo en un amasijo de carne aplastada. Algunos de los muertos empezaron a mirar hacia arriba, gruñendo y gritando. Sin embargo, ninguno se marchó de allí.

Gonzalo corrió hasta ellos desde el otro extremo.

–¡Muchos se están marchando de la entrada! –dijo, excitado.

Lanzaron el tercer macetero y éste aplastó a dos muertos más. Uno murió en el acto y otro, que había recibido el golpe en un hombro, quedó retorcido con todos los huesos torácicos destrozados. La masa de muertos empezó a agitarse cada vez más, apiñándose contra la pared. Era preciso actuar con rapidez, antes de que se diesen cuenta de su estupidez y la histeria les empujase a correr en todas direcciones.

–¡Vamos! –ordenó Adrián agitando su lanza hacia las escaleras.

El plan era sencillo. Adrián y Hugo irían a la entrada, abrirían las puertas del establecimiento y servirían de cebo para todos los que estuviesen en la calle bloqueándoles el paso. Cuando los muertos se internasen tras ellos siguiéndoles hasta el fondo, el resto del grupo aprovecharía la distracción para salir y acabar con los que aún quedaran fuera. Adrián y Hugo les darían esquinazo utilizando los estantes vacíos y saldrían tras el resto poco después, cerrando las puertas y encerrando a los muertos dentro.

Adrián y Hugo corrieron hasta su posición. Los muertos que estaban más cerca les detectaron en cuanto empezaron a abrir las puertas y comenzaron a golpear los cristales con furia, dejando marcas de sangre y trozos de carne pegados. Debían ser rápidos, antes de que el ruido atrajese a más, pero no podían abrir la puerta como lo estaban intentando o les arrollarían. Le dijo a Hugo que se marchase, cogió un carrito metálico y se colocó frente al escaparate de un lateral donde aún no había muertos. Tendrían que renunciar a sellar el supermercado después.

Adrián echó a correr empujando el improvisado ariete con todas sus fuerzas y lo estampó contra el cristal, que se hizo mil pedazos. El golpe en el pecho le dejó momentáneamente sin respiración y temió haberse roto alguna costilla. Los muertos no tardaron en entrar en tromba, apartando el carrito con violencia. Mientras, Adrián corría ya por el pasillo en el que jugaría al pilla-pilla con los cadáveres.

—¡El suelo! —gritó Hugo, que estaba al final del todo haciéndole señas. Adrián bajó la vista y descubrió que el chico había aprovechado las botellas de jabón líquido que nadie había saqueado y había extendido el producto por el suelo, dejando regueros azules por todos lados. Chico listo. Adrián corrió con cuidado de no pisar el fluido, pero los muertos que llegaban tras él no fueron tan avispados. Algunos cayeron y los caídos hicieron que los que llegaban detrás tropezasen también, creando un macabro número cómico. Aún así, eran demasiados y el jabón pisoteado dejó de surtir efecto. Al menos había doce corriendo hacia ellos.

Adrián alcanzó a Hugo, giraron al fondo del establecimiento y cogieron otro pasillo que les llevaría de nuevo hasta el agujero en el escaparate, por donde sus compañeros ya habían salido. Apretaron el paso con la mirada fija en su objetivo, unos metros más y llegarían a la salida. Pero, de pronto, un muerto placó a Hugo. Era un poco más lento y no había seguido la ruta de sus congéneres. El electricista y el cadáver cayeron al suelo aparatosamente. Hugo se recompuso tras el golpe y trató de apartar la cara del muerto con las manos, de evitar sus mordiscos, pero el tipo clavó uno de sus sangrientos dedos en el ojo del chico, hundiendo el globo ocular más allá de lo posible. Y el dolor hizo que flaquease, sus brazos se doblaron y el muerto cayó sobre él, mordiéndole en el cuello.

Más de aquellos cabrones llegarían en breve hasta él. Adrián corrió, sin mirar atrás, escuchando los ladridos de Gómez a muy pocos metros. Lo que encontró fuera no era mucho mejor que lo que había dejado dentro. Gonzalo estaba en el suelo siendo devorado por dos cadáveres que se daban un festín con su joven cuerpo. Natalia había empalado a uno de los muertos en el pecho y luchaba por mantenerlo alejado. Ahmed, que sujetaba la correa de Gómez, la soltó al verle y les apremió a que corriesen detrás de él. Adrián, sin embargo, corrió hasta Natalia y atravesó el ojo del muerto con su improvisada lanza, la única manera en que esas armas resultaban de alguna utilidad.

Los muertos que habían caído en su trampa del supermercado empezarían a salir por la puerta en breve.

–¡Por aquí! –gritó Ahmed, haciéndoles señas desesperadas. Natalia, Donielle y Feli corrieron hacia allí. Adrián se entretuvo en rematar a otro de ellos, partiendo su lanza en el proceso, y observó que al menos media docena salía ya del supermercado.

Necesitaban una distracción, cualquier cosa que les diese el tiempo suficiente para ocultarse y despistarlos en las calles. Estaban perdiendo la partida y sólo tenían un as en la manga.

Adrián corrió hasta alcanzar a Feli, que iba más lenta que el resto, jadeando por el esfuerzo. Sin pensárselo dos veces agarró el extremo de lanza que le quedaba y, sin dejar de correr, se la clavó a la mujer en el muslo con todas sus fuerzas. La mujer cayó, gritando y dando volteretas por el dolor. Adrián continuó su carrera sin detenerse, con Gómez ladrando a su lado.

–¡Hijo de puta! –chilló Feli. No tuvo tiempo de decir mucho más, el resto de la frase se convirtió en un aullido de dolor. Los muertos se abalanzaron sobre ella, despedazándola con uñas y dientes hasta la muerte, como hacían siempre. Su ansia les hizo centrarse en la víctima caída y les perdieron de vista.

Corrieron, extenuados, durante tres calles más que estaban extrañamente despejadas y libres de la plaga. Algo había ocurrido por allí que los había alejado de la zona.

–¡Por aquí! –dijo Natalia abriendo la puerta de una casita con jardín-. A la parte de atrás, rápido, vamos –les apremió mientras entraban.

Adrián cruzó el umbral el último, cogiendo a Gómez en brazos, y Natalia cerró la puerta según entró. Justo al lado, Adrián vio tres cadáveres con los cráneos fracturados. Ahmed y Donielle también los observaban sin comprender muy bien.

Adrián agradeció en silencio el trabajo que alguien había hecho por ellos y se dejó caer contra el costado de la casa una vez que se ocultaron en el pequeño patio trasero. Natalia se derrumbó contra una barbacoa de ladrillos y se puso a llorar, entre espasmos nerviosos. Ahmed y Donielle se sentaron también allí, completamente agotados como para hacer nada,

sumidos en sus pensamientos funestos. Adrián estaba seguro de que el santurrón le reprocharía las muertes de Gonzalo, Feli y Hugo en cuanto recuperase el aliento. Tanto lo que había sido culpa suya como lo que no.

Gómez se puso en guardia de pronto, levantando las orejas y moviendo la nariz, como si hubiese detectado algo. Adrián se apresuró a calmar al perro antes de que ladrara y miró en la dirección que indicaba el animal. Al otro lado de un muro se escuchaban algunos murmullos humanos.

—¿César? ¿Eres tú? —preguntó tímidamente una mujer al otro lado de la valla de ladrillos.

LARA RUIZ

Una verdad por descubrir

Treinta y cuatro días después de la Eclosión. Vivienda abandonada. Madrid.

–Deja esa mierda, Akem, joder –dijo Lara, observando a los muertos por la ventana. Akem era un pandillero negro de veinte años y casi dos metros de alto que estaba liándose un porro con algo de hierba que habían encontrado sobre la mesa del salón, justo enfrente de los cuerpos medio descompuestos de una pareja que había decidido suicidarse con un cóctel explosivo de pastillas, cuyos restos aún seguían por ahí.

–Así dejará de oler a podrido –dijo Akem lamiendo el papel de liar–. Además, *it's free*.

–¿Por qué no compruebas si hay comida en la cocina, que es lo que vinimos a hacer? –sugirió Lara. Acababan de llegar a ese piso buscando refugio, saltando desde la terraza de al lado, donde Akem había aplastado el cráneo de una señora muerta y gorda que creía que aún estaba haciendo la comida para su familia, plantada frente a los fogones con la tapa de una olla en la mano, hasta que ellos entraron y la remataron. Irónicamente, allí no encontraron alimentos ni agua, ni mucho menos un guiso casero.

–Rubia, ¿es que no sabes hacer otra cosa que dar órdenes? –contestó Akem antes de enrollar el papel de fumar para completar su obra.

–Sé tener hambre.

Lara lo dio por imposible. Akem siempre hacía lo que le daba la real gana, era normal teniendo en cuenta que se había criado en la calle. Pero a veces la sacaba especialmente de sus casillas. Pese a todo, se alegraba de tenerle a su lado, pues de no ser así ya estaría muerta. Akem era todo un as partiendo

cráneos con su bate de baseball. Gracias a la fuerza y a los reflejos del chico habían logrado permanecer con vida los últimos días.

A Lara le gustaba pensar que ella era el cerebro de la pareja mientras que él ponía el músculo. Pero ahora, el cerebro tenía que buscar comida y agua sola porque el músculo estaba emporrándose. Abrió la puerta de la cocina y se llevó toda una sorpresa al ver los estantes.

–¡Hay un tesoro aquí, Akem! –gritó, emocionada. Había dos garrafas de agua, refrescos, comida enlatada y bolsas de frutos secos. Sus anfitriones muertos hicieron acopio de víveres y por fortuna no habían esperado a terminárselos todos antes de suicidarse. Era la mejor noticia que tenían desde hacía días.

–De puta madre, rubia –soltó Akem al asomarse por la puerta con el porro humeante colgando de los labios.

–Comeremos dos semanas enteras si lo racionamos –sonrió Lara, extendiendo la mano para que Akem la chocara.

–Hay que celebrarlo –dijo él pasándole el porro después de darle una calada.

Lara dudó. No fumaba hierba desde la universidad, cuando terminó Periodismo hacía tres años. Entonces lo hizo para celebrar su graduación y su nuevo trabajo. Su padre la había enchufado según acabó los estudios y poco importaba que el puesto fuese innecesario. Además, había cosas que no se le podían negar a su padre. Por eso luego se emborrachó, fumó y se acostó con un chico del que era incapaz de acordarse. Fueron buenos tiempos que parecían haber sucedido siglos atrás.

–De acuerdo –aceptó Lara cogiendo el porro y llevandoselo a los labios. Akem sonrió, tenía una sonrisa pícaro, sucia, pero atractiva a su ruda manera.

Lara estaba segura de que le gustaba al pandillero. En realidad, le gustaba a todos los chicos. Su melena rubia, sus ojos azules, sus formas bien torneadas y su sonrisa inocente la hacían irresistible a cualquier hombre y ella lo sabía muy bien. Nunca había tenido problemas para tener al chico que quisiera.

Además, echaba tanto de menos el sexo...

Media hora después, Lara estaba vistiéndose en la habitación de sus anfitriones suicidas. Fue un polvo rápido, bastante desastroso. No tenían forma de protegerse y Akem tuvo que acabar a regañadientes sobre la cama. Ambos estaban sucios, olían mal, no se lavaban desde hacía tanto tiempo que Lara era incapaz de recordarlo y su depilación dejaba mucho que desear. Pero fue apasionado, desesperado, brusco y salvaje. De una forma muy distinta a todo a lo que había experimentado antes. Ella estaba acostumbrada a que los hombres se esmerasen en complacerla con la esperanza de poder repetir en el futuro. Pero Akem no hizo nada de aquello. Quizás porque pertenecía a otro mundo completamente distinto al suyo o quizás porque el futuro en esos días era algo realmente incierto. De cualquier modo, si alguien le hubiera dicho a Lara dos meses antes que iba a acostarse tan desesperadamente con un hombre como Akem, en una casa que habían “robado”, con los dueños legítimos muertos en el salón y sin que le hubieran pagado previamente un dineral apabullante, le habría llamado loco.

Pero estaba hecho. Para Akem, que la observaba aún desnudo y tumbado en la cama, todo parecía ser de lo más normal.

–No te acostumbres –le dijo Lara abrochándose el sujetador.

–Ya volverás a buscar a Akem –contestó él, sonriendo.

–Comeremos y seguiremos con lo nuestro.

Con “lo nuestro” Lara se refería a encontrar la verdad de todo aquello, de lo que había ocurrido, de la desaparición de la especie humana.

Sabía muchas cosas sobre la Eclosión pero nada acerca de porqué, ni cómo, ni dónde, ni quién era el culpable. Durante el primer día, en la redacción del periódico, no se oía otra pregunta que no fuese “¿qué coño está pasando?”. Luego la cosa fue empeorando a pasos agigantados. Llegaban noticias de ataques desde todas las naciones importantes y se especuló con un ataque terrorista a gran escala con armas biológicas. Pero todo el planeta parecía estar siendo atacado por igual: Nueva York, Washington, Los Ángeles, Tokio, Londres, París, Berlín,

Moscú, Kiev, Jerusalén, Teherán, Seúl, Abu Dabi, Nueva Delhi, Sidney, México D.F., Buenos Aires, Brasilia... La lista era interminable y nadie reclamaba una autoría de los actos. Tampoco se creía que pudiese existir una organización con el poder de atacar el mundo entero por igual de forma coordinada, así que esa hipótesis perdió fuerza rápidamente.

Sus compañeros lloraban, gritaban, hervían de miedo ante las imágenes que les llegaban, cada vez más desconcertantes. Personas atacando a otras personas. Personas muertas, zombis. La mayoría se fueron a sus casas y nunca regresaron. La infección se extendía tan rápido que no tenía sentido perder el tiempo trabajando. Lara sólo tenía a su padre y, además de que no se llevaba especialmente bien con él, estaba fuera del país en un viaje de negocios, así que decidió quedarse en la redacción junto con otros pocos valientes. El periódico estuvo funcionando sólo cinco días después de la Eclosión, los últimos incluso durmieron allí porque no se atrevían a salir del edificio. La imprenta cerró antes que ellos y la edición impresa fue inviable. Sus compañeros se marcharon y sólo quedó Lara para actualizar la web con las noticias que llegaban, cada vez más escasas y cada vez más extrañas.

Quizás, de haber sabido lo que ocurría en realidad, las cosas hubiesen sido diferentes para la Humanidad, pero eso ya no tenía sentido pensarlo. Los primeros infectados que empezaron a registrarse en hospitales y centros de salud eran personas con heridas o mordeduras de diferente gravedad, personas que fueron enviadas a casa con un vendaje y una receta de antibióticos. Ellos esparcieron el virus por todas partes, de forma exponencial. Luego el pánico hizo el resto. La gente se dispersó más, huyendo de las grandes ciudades, viajando a cualquier sitio que les pareció seguro sin ser conscientes de que al estar infectados ya estaban muertos. Y se llevaron a sus familias con ellos, condenándolas.

Todo sucedió tan rápido y el caos fue tan grande, que la respuesta de las fuerzas del orden fue lenta e ineficaz. El desconocimiento se encargó de anular cualquier respuesta posible. Hubo accidentes de todo tipo, las carreteras se colapsaron, los trenes chocaron, los aviones se estrellaron. Los

hospitales se convirtieron en pozos de infección a los que no dejaba de llegar gente desesperada, con sus parejas heridas, con sus hermanos en coma, padres con hijos muertos debatiéndose entre sus brazos, tratando de morderles. Los centros de protección que se crearon poco después fueron trampas mortales. En aquel momento dejó de tener sentido informar sobre los disturbios locales: el mundo entero ya era un caos.

El Día o pasó a llamarse Eclósión. La OMS declaró una pandemia de fase 6 pese a desconocer por completo el virus. Luego se autorizaron las ejecuciones de los infectados por las fuerzas militares y, poco después, la ONU alcanzó la cumbre de la decadencia lanzando a la población un protocolo de actuación en tres sencillos pasos: huir, matar, suicidarse. En caso de contacto con un infectado, decían, había que tratar de huir. De no ser posible, se debía intentar acabar con el “enfermo” dañando el cerebro de forma contundente. Y en caso de entrar en contacto con la sangre o la saliva de uno de ellos era completamente obligatorio quitarse la vida dañando de la manera más eficaz posible el propio cerebro, por ejemplo, lanzándose al vacío con la cabeza por delante. “Por la seguridad de sus seres queridos y de la Humanidad”, acababa el mensaje. La invitación para suicidarse por parte de los estamentos internacionales se convirtió –ya para siempre– en el hecho más comentado de la historia en las redes sociales. Y eso que por aquel entonces se decía que un 35% de la población estaba infectada. Ya nada parecía tener sentido.

El pánico cundió de tal manera que los países cerraron sus fronteras en un vano intento de protección: el virus ya estaba dentro. Dispararon a la gente, a los vivos y a los muertos por igual. No podían distinguirlos entre las masas que intentaban cruzar las fronteras. Muchos países bombardearon lo que llamaron “Zonas muertas” con Napalm sin importar los supervivientes que pudiesen quedar allí. Los sistemas de suministros empezaron a caer. Hubo incendios por todos lados que nadie se encargaba de sofocar. Se perdió la mayoría de la red eléctrica. Algunos países con conflictos históricos aprovecharon la situación para bombardear a sus enemigos sin que nadie pudiese tomar represalias después. Se crearon

guerrillas y facciones militares independientes por todos lados. Los alimentos, los medicamentos, las armas y el combustible se convirtieron en el nuevo “oro” de la población. La gente empezó a usar billetes para encender fuegos con los que cocinar y a matarse por una caja de insulina mientras las calles eran tomadas por los cadáveres.

Una de las últimas noticias fue el lanzamiento de una caja al espacio con la historia de la Humanidad y un recuerdo de lo que fue la especie. La última estimación fue de un 77% de infectados. De aquello hacía ya un mes.

El acontecimiento del siglo era la extinción humana.

Lara sobrevivió escondida en la redacción los primeros quince días y, justo antes de marcharse, recibió un mensaje en uno de los servidores privados del periódico. Se trataba de un tipo que se hacía llamar Silencio y que le dijo que tenía información sobre lo ocurrido, que le revelaría toda la verdad sobre Eternal Lab y los causantes del Apocalipsis si es que aún le interesaba. Lara le dijo que sí y trató de interrogarle, pero el tipo no soltó prenda y pretendía que se viesan en persona. También le dijo que aquella comunicación no era segura, que borrara los mensajes después y que quemase el ordenador en el que estuviese leyéndolos. Luego le dio una dirección y le dijo que no confiase en nadie. Lara estaba intentando llegar hasta él desde entonces.

En el poco tiempo que había tenido antes de que Internet dejase de funcionar investigó sobre Eternal Lab y descubrió que se trataba de una farmacéutica internacional cuya última actividad destacada era la investigación desinteresada de graves enfermedades degenerativas. Al menos de cara al exterior, buscaban curas que económicamente resultaban poco viables: eran una esperanza para miles de personas enfermas y sus familiares. Y puede que simplemente fuese así y no existiese una cara oculta. Lara no ha dejado de pensar que, quizás, Silencio sólo era un loco con ansias de protagonismo en un mundo que nunca le reprocharía nada. Los paranoicos que acosaban a los periodistas con teorías de la conspiración ya eran

una realidad antes de la Eclosión y parecía completamente lógico que los hubiera también después.

Pero, ¿qué tenía que perder? Puede que no quedase nadie a quien informar, pero sí quedaba una verdad por descubrir, podría averiguar las causas por las que todo se había ido a la mierda. ¿Qué otra cosa podía hacer? Akem trató de convencerla de salir de la ciudad, viajar a la costa y huir a alguna isla, pero Lara sabía que las islas habían sido el principal destino de las personas desesperadas cuando todo empezó, así que eran una mala elección. En realidad, como cualquier elección era mala, convenció al chico de que la ayudase a encontrar a Silencio mientras sobrevivían.

Lara comió despacio una lata de caballa con tomate aderezada con una bolsa de cacahuets para cenar. Tenía el estómago cerrado y el olor de la putrefacción tampoco le ayudaba demasiado. Akem había terminado rápido su parte y se había marchado a inspeccionar la casa en busca de algo útil que se les hubiera pasado por alto, dejándola sumida en sus pensamientos. Volvió poco después con un saco de tela en una mano y una chaqueta de cuero negra, larga y raída, en la otra.

–Toma –dijo. Lara levantó la mirada inquisitivamente–. La chaqueta es para el frío –añadió, lanzándola en el regazo de la chica, que la recogió con asco. No había visto en su vida nada más pesado e incómodo.

–Pensaba que no querías que otros hombres me mirasen –ironizó–. ¿Qué es lo otro que traes? –preguntó mientras se esforzaba por tragar un puñado de cacahuets.

–Un arma –dijo. Lara rió, pensando que le tomaba el pelo.

–Gracias, ahogaré a los muertos con ello.

–Mira –dijo Akem haciendo oscilar el saco. Cogió impulso y lo estrelló contra una mesita de madera que se partió por la mitad haciendo saltar astillas por toda la estancia–. Tiene unas bolas de billar dentro –explicó, sonriendo.

–Dios, ¿tienes que alertar a todos los muertos del edificio para enseñármelo? Tienes una mente privilegiada para encontrar nuevas formas de matar –terminó Lara sacando de su lata de caballa una astilla de madera.

–Practica un poco ahora. No puedo salvar tu precioso culo siempre –respondió él dejando el saco a su lado.

–No te preocupaba tanto mi culo cuando sólo podías mirarlo –dijo Lara, guiñándole un ojo.

–Es que me caes bien, rubia –respondió él, ambiguamente.

–Pues tú a mí no. Eres un petardo de tío –zanjó Lara metiéndose el último puñado de cacahuets en la boca y sonriéndole con los mofletes llenos.

Treinta y cinco días después de la Eclosión. Vivienda abandonada. Madrid.

Akem y ella volvieron a acostarse esa noche. Lara durmió de un tirón después de lavarse lo mejor posible con unas toallitas húmedas que encontraron en el baño y que él tuvo la gentileza de cederle. Los momentos de tranquilidad terminaron en cuanto abandonaron el piso a la mañana siguiente. Según pusieron un pie en la calle, Lara tuvo que estrenar su nueva arma contra un muerto que apareció tras un coche mientras Akem se encargaba de otro más. Lara hizo girar el saco lateralmente, describiendo medio círculo en el aire y dejó que la fuerza centrífuga hiciera el resto. Las bolas del interior del saco impactaron contra la cara del muerto, lanzándole un metro hacia atrás con el rostro convertido en una máscara sangrienta y deforme. No volvió a levantarse.

Por fortuna, estaban entrando en una zona residencial y la población de muertos era más reducida.

Avanzaron un par de manzanas más hasta que Akem levantó su bate y lo cruzó delante del pecho de Lara para que se detuviese. Se llevó un dedo a los labios.

–He oído algo –susurró. Lara agudizó el oído.

–¿Es un motor? –preguntó.

–De algo grande.

Lara y Akem se acercaron con cautela, tratando de focalizar el origen del sonido. Quizás eso explicaba la poca presencia de muertos. No tardaron demasiado en acercarse a la fuente y empezar a escuchar conversaciones humanas. Lara se asomó por una esquina y se ocultó rápidamente después. Había un hombre, un soldado, muy cerca de su posición. Parecía estar montando guardia, llevaba un traje negro con numerosos bolsillos, un rifle de asalto, una pistola y un gran cuchillo de combate. Otra media docena de soldados igualmente ataviados habían tomado posiciones en un pequeño parque infantil. Aparcado en mitad de la calle, un convoy militar permanecía con el motor en marcha. A su alrededor había numerosos cadáveres tendidos en el suelo.

Lara le indicó a Akem que retrocediesen en silencio. Podría tratarse de una facción militar independiente de las numerosas que se habían creado tras la Eclósión y no sabía qué podían esperar de ellos. Quería averiguar algo más antes de presentarse ante el ejército. Estaban alejándose en busca de un lugar desde el que observarles cuando sonó un disparo. Luego tres más.

–¡No disparéis, gilipollas! –gritó uno de los soldados. Una jerga poco disciplinaria. Akem tiró de su brazo instándola a alejarse de allí. El ruido, mucho más intenso que el del motor, atraería a más muertos en poco tiempo y ellos no contaban con rifles con los que defenderse ni con un camión en el que huir.

No tenían tiempo de observar y decidir. O cogían el tren de los extraños soldados o lo dejaban pasar y se alejaban de allí antes de que el lugar se convirtiese en un hervidero de muertos.

–No me gustan –murmuró Akem, serio. Lara no estaba tan segura y se soltó de su brazo. Unirse a los soldados podía significar el fin de su huida, protección, comida y agua. Después de tanto tiempo de penurias estaba dispuesta a abandonar para siempre su búsqueda de la verdad a cambio de conseguir aquello y no podía fiarse de lo que dijese Akem. Él, por naturaleza, tenía aversión a cualquier cosa que representase

autoridad y disciplina. Si decidía marcharse era posible que lo hiciese sola.

–¡Llega la carga! –gritó el soldado que estaba más cerca de su posición.

–¡Vamos, hora de irse! –contestó otro. Lara escuchó los pasos del soldado alejarse hacia el camión. El tiempo se acababa.

–Ven conmigo, Akem –suplicó–. Es la oportunidad que estábamos esperando.

–No, no me fío –contestó negando con la cabeza–. No puedo explicártelo, pero no me gustan... –Entonces escucharon un grito. Una niña. Y luego la voz de una mujer. No entendió lo que decía pero parecía estar consolando a la niña que se llamaba Elena.

–¡Muévete, zorra! ¡No tenemos todo el día! –ordenó uno de los soldados.

Lara miró a Akem, preocupada. Decidió que merecía la pena asomarse para averiguar qué estaba pasando ahí y lo que vio no le gustó nada. Dos soldados escoltaban a una mujer de mediana edad y a una niña de unos siete años. Otros dos arrastraban el cuerpo inerte de un hombre tras ellos, tenía una fea herida en la cabeza e iba dejando un rastro de goterones de sangre espesa. No parecía estar muerto.

Subieron a los tres prisioneros al camión, el resto de soldados abandonaron sus posiciones y montaron también. El último de ellos dio dos golpes con la culata de su rifle en la chapa del vehículo y arrancaron.

–¿Qué coño ha sido eso? –dijo Lara soltando el aire que había estado aguantando en el pecho mientras el vehículo abandonaba la plaza.

–Tenemos que irnos ya –la apremió Akem señalando el fondo de la calle. Tres muertos se acercaban corriendo.

El barco había zarpado y Lara se alegró de no haberlo cogido. Una vez más tenía que estarle agradecida al instinto de su compañero.

–Sígueme –le dijo echando a correr en dirección al lugar que los soldados acababan de abandonar. Localizó el rastro de sangre que había dejado el hombre y empezó a seguirlo en la

dirección inversa. Las manchas les llevaron hasta el portal de un edificio enfrente del parque. Lara y Akem entraron corriendo y cerraron la puerta justo antes de que los muertos, que estaban llegando de todas partes, pudiesen detectarles.

–Esto es una mala idea, rubia –murmuró el chico mirando a los muertos corriendo por la plaza, como si olfateasen el reciente paso de carne humana.

–Quiero saber qué ha pasado.

Siguieron la sangre escalones arriba, hasta el ático. Los soldados habían tenido el detalle de dejar la puerta de la vivienda abierta. Entraron en una casa que olía a gente, como si aún estuviese caliente. Había restos de comida, cubos de agua y juguetes por todos lados. Todo parecía normal. Todo lo normal que podía ser el hogar de una familia tras la Eclosión. Pero había algo que se le escapaba. No había signos de lucha ni ninguna cosa fuera de lugar. ¿Cómo había terminado así esa gente? ¿Por qué les habían secuestrado? Miró en las ventanas en busca de algo que hubiese podido llevar a los soldados a localizar a los supervivientes mientras Akem se guardaba en la mochila la poca comida que quedaba allí.

Nada.

Entonces se le ocurrió algo. Subió a la azotea a toda prisa por una escalera de caracol pero no encontró lo que buscaba, tampoco habían colgado mensajes allí. Lo que sí había era al menos treinta cubos y todo tipo de recipientes para recoger el agua de las posibles lluvias. Se quedó mirando los cubos, pensando cómo habría sido la vida de aquellos padres tras la Eclosión. La desesperación que debían haber sentido viendo cómo se les acababan los víveres y viendo a su hija pasar hambre al racionarlos.

Cruzó la azotea esquivando los cubos y se asomó a la calle, donde los muertos que habían acudido tras los disparos de los soldados empezaban a dispersarse al no encontrar nada a lo que hincarle el diente. Akem llegó arriba en ese momento y Lara levantó la vista hacia él desde el otro lado.

Y entonces lo vio.

Desde aquella perspectiva se leía fácilmente. Los cubos más grandes y coloridos estaban colocados formando letras: *S.O.S.*

Así los habían encontrado.